

LAS TAPIAS DEL CUARTEL

Tiene el honor de ser la capital situada a una mayor altitud sobre el nivel del mar. Asomados sobre el enorme promontorio, los caminantes que desfallecidos se acercan al lado norte de la ciudad, mirarán, sin duda admirados, el inusitado perfil de ciudad casi única en su género, rodeada completamente de murallas, según rezan algunas guías turísticas. Desde este punto en el que se detienen los forasteros la vista puede llegar a abrazar todo el conjunto urbano que, por otro lado, no es demasiado grande, aunque sí lo parezca a los ojos de este grupo que ahora mismo, así quietos como están, componen un motivo pictórico a medio camino entre el simbolismo y el realismo, personajes aquejados de una quietud de siglos que parecen petrificados como las murallas que se yerguen a sus espaldas. A pesar de su estatismo secular, esas figuras arquetípicas llegarán hasta la Puerta del Río Adaja por donde entrarán embozados en sus manteos, resguardados de las corrientes de aire que recorren las callejuelas y que reciben al visitante con sus lenguas afiladas en este mes de noviembre cruel como pocos en muchos años. Las gentes que aquí moran están acostumbradas al frío prácticamente perpetuo, sin embargo, este otoño está siendo más que frío, gélido, y además brumoso, evocando la clarividencia poética del calendario revolucionario que llamó Brumario al mes de noviembre. Desde hace bastantes días, la ciudad aparece envuelta continuamente en una masa gaseosa blanquecina entre la que asoman las aristas de sus piedras graníticas tan bien canteadas, a pesar de la indocilidad del material. Aquí todo es recio, diseñado para durar y para que no le afecten las veleidades de la modernidad, algo que a este entramado de calles tortuosas aún no ha llegado, como lo demuestra el grupo de forasteros que avanza por la calle Vallespín, dejándose el resuello en su aguda pendiente, con sus frazadas negras envolviendo sus maltrechos cuerpos, apoyados sobre cayadas de madera que marcan sus pasos con redobles antiguos. Dentro de poco llegarán a la plaza del mercado. Este es su destino y el de sus escasas mercancías que transportan en hatillos escuálidos. Allí se perderán entre la muchedumbre que accede a través de las calles aledañas. Una de ellas, que recientemente ha sido rebautizada como calle del Generalísimo, nos lleva de forma sinuosa pero sin perder el trazo hasta la Plaza del Mercado Grande adonde llegamos atravesando la puerta del Alcázar. Atrás quedó el recinto amurallado, sin embargo las calles que nos salen al paso no difieren en nada de las que los caminantes acaban de recorrer. Quien siga derecho antes o después tendrá que toparse con un indicador municipal que anuncia la calle del Duque de Alba. Aquí se suceden los conventos de curas y de monjas en la superficie y por debajo, en el inframundo, comunicados por esos túneles que facilitaban los encuentros prohibidos, leyendas urbanas de este urbanismo medieval que en su día debió ser próspero y pródigo en chismes y alcahueterías.

En esta calle de nombre tan imperial que recuerda un tiempo glorioso bañado en sangre, casi es imposible pensar en el Duque de Alba sin que a la mente lleguen imágenes truculentas de espadas degollando, salpicando sangre a la pantalla de nuestra memoria, se levanta casi al final una casa de dos pisos bastante modesta en la que viven cuatro familias, dos en los apartamentos de abajo, viviendas construidas casi a nivel de la calle, con una sola ventana que se asoma sobre la acera y varias estancias lóbregas hacia el interior, abandonadas la mayor parte del día por la luz natural. En cambio, las viviendas del piso superior son algo mejores. En una de ellas viven los dueños del edificio que alquilan el resto a tres familias. A estas horas en todo el edificio reina un silencio de casa abandonada y la única persona que queda en ella, en el piso de arriba, digamos en el principal, si es que en este modesto edificio llegan a tanto las distinciones de clase, procura no hacer ruido. Desde que llegó a mediados del año cuarenta y tres ha perfeccionado tanto el arte de la invisibilidad que a veces ella misma duda de su propia existencia. Su tía le advirtió severamente que no se anduviera con tonterías, ante todo discreción, les iba la vida en ello, no tenía más que decir, al buen entendedor... Y Elena, por supuesto, lo entendió perfectamente. Se instaló en el cuarto del fondo del pasillo, el que da al patio interior, sin abrir los postigos de la pequeña ventana a través de la que tantas veces, cuando era pequeña, había contemplado el ruinoso entramado de piedras que constituían el acueducto romano sobre el que a menudo había hecho equilibrios junto a sus primos, trepando por los pequeños escarpes que entonces le parecían cumbres alpinas, a la búsqueda de la fuente del Botón en la plaza Santa Ana, ni tan lejos ni tan cerca, justo a la medida de sus nueve años.

Habían pasado algunos meses que incluían un verano sofocante y un comienzo de otoño demasiado brumoso, casi atlántico, para lo que es habitual en la capital más alta de España, la que tiene la facultad de alzarse por encima de las nubes y acceder a la presencia de un cielo siempre azul, nítido y frío, prácticamente sideral. Elena lo sabe bien, nunca hasta ese año había sido tan consciente del paso de las estaciones y de los matices atmosféricos, por nimios que fueran, convertidos en las grandes novedades de su existencia. Un resquicio de sol en este noviembre ensombrecido podía constituir todo un acontecimiento. Si se producía ella tendría la suerte de contemplarlo a través de la ventana en cuyo ángulo se sitúa para ver sin ser vista: aún así, su tía siempre le grita para que se aparte del cristal. Solo entonces cae en la cuenta de dos cosas. Una, que por mucho que se esfuerce, sigue siendo visible y dos, que, aunque prefiere no pensarlo, se puede decir que, en efecto, es una reclusa. Una vez así se lo dijo a su tía, a lo que la señora contestó que con un canto en los dientes se podía dar si pensaba en todas las que había en la cárcel de Ventas, hacinadas, hambrientas, comidas por los piojos, en cambio ella, protegida y bien alimentada, agradecida tenía que estar. Entonces Elena sopesó las palabras de su tía y, bien mirado, puede que tuviera razón. Al fin y al cabo su cárcel no tenía barrotes, ni cerrojos, solo un inmenso territorio al otro lado de la ventana convertido en prisión y cementerio que disuadía todo intento de fuga.

Bien lo sabía ella. No estaba ciega como muchos de sus vecinos que vivían como si no pasara nada, agradeciendo este tiempo de paz, alabado sea Dios, por fin acabó todo aquello. Se referían a la guerra como algo muy lejano, como si hubiera sucedido en otro país pues a ellos no les había afectado directamente, no habían visto bombas caer sobre sus tejados, ni personas derrumbarse como muñecos trágicos alcanzados por un disparo. Tan solo las colas para conseguir la escasa comida racionada y las cartillas que guardaban a buen recaudo, auténtico tesoro en estos tiempos de escasez, les recordaban que algo había sucedido. Sin embargo, ese algo permanecía silenciado. Las noticias que voceaban los periódicos con encabezamientos de letras muy negras, casi agresivas, se limitaban a eventos de la nueva gloriosa España. La palabra España nunca había aparecido con tanta asiduidad en los diarios, más si cabe en esta ciudad meseteña tan española, tan castellana y por tanto tradicional, una historia tan larga y tan gloriosa no puede sino pesar sobre las conciencias de sus habitantes hasta convertirlos en piedra, como sus murallas. Es lo que le parecen a la joven Elena, estatuas andantes que atraviesan la calle del duque de Alba extrañamente veloces, escapando del relente que castiga este otoño, en algunos días transmutado en viento mortal que recorre la ciudad, especialmente esta calle que es larga y sinuosa y, como si fuera un río, recibe los aportes gaseosos de las bocacalles, igualmente enfurecidos, rápidos e implacables en su paso, haciendo volar todo lo que no se agarra con fuerza al suelo: así los velos de las dos mujeres que vuelven de misa ondean como si fueran banderas jubilosas hasta que han sido capaces de recoger sus misales bajo el brazo y disponer de las dos manos libres para sujetarlos.

Elena las ha contemplado desde la ventana casi divertida. Se las veía tan apuradas a las pobres con este viento entrometido que casi las levanta por los aires como si fueran novias de Chagall sobrevolando las iglesias rusas. Aquí también hay hermosas iglesias sobre las que sobrevolar, pero mucho se teme que la expresión de sus caras no sería de ensimismada placidez, sino de terror agudo. Hay que entender a estas gentes pétreas, tan pegadas a la tierra que jamás soñaron con levantar el vuelo y, si alguna vez lo hicieran, pensarían que es obra del maligno, que se lleva sus pecadoras carnes.

Elena se extraña de haber podido esbozar una sonrisa ante el breve espectáculo de la calle, casi siempre solitaria, sobre todo en estas horas de la mañana en que cada cual está a sus quehaceres, bregando como titanes para conseguir un salario mísero o para traer a casa algunos de esos alimentos que tanto escasean y que se disputan legiones de hambrientos. Decididamente, no hay motivos para reír, y menos ella que, aunque no tiene que salir a la calle a ganarse la vida, cualquiera diría que mantiene entre estos muros la condición de princesa a buen recaudo. Ganas no le faltan para salir ahí fuera y desafiar al viento con su cabellera al aire, sin mantillas ni peinetas, a cara descubierta, libre como hubiera dicho su padre, descarada como hubiera dicho su tía. Sin embargo, de momento se tiene que quedar metida en casa, tiene prohibido salir a la calle. Y quién lo dice, hubiera sido la pregunta, pero se la tragó como tantas últimamente por no parecer desafiante, no está el horno para bollos. Aceptó la prohibición que viene de sus tíos, mejor así, sin interferencias de las autoridades que sin duda saben de su existencia en esta casa pero de momento la han dejado en paz, y esto también tiene que agradecerse a su tío y a un militar de alta graduación de los que comparte mesa y café en el casino con don Hipólito y al que debía algún favor, o tal vez no, puede que solo el compadreo entre hombres que se reconocen en ese proyecto de la una, grande y libre. En estos tiempos son frecuentes esas llamadas de teléfono entre altas instancias o conversaciones en despachos de difícil acceso entre un suplicante familiar y un todopoderoso perdonavidas que solo después de un largo silencio y una dura reconvención pone en marcha algún mecanismo para que, en este caso, Elena no acabe en prisión. Pero antes de marcharse, Don Hipólito sabe que tiene que escuchar algunas palabras sobre el gran favor que le hago, sobre todo para alguien que no lo merece, que debería pudrirse en la cárcel, siento que estemos hablando de su sobrina, don Hipólito, pero seguro que usted es consciente del mal que estos rojos han causado a esta sacrificada nación, así que átemela en corto, que no se le ocurra hacer tonterías.

Así es como Elena ha llegado a este particular encierro que tampoco se le puede llamar arresto domiciliario, por mucho que le da vueltas no encuentra un término legal para describir su situación. Sin embargo, piensa que debería haber alguno a juzgar por lo mucho que se usa en estos días esta inopinada privación de libertad. Aunque su cadena pudiera parecer larga, su alcance no rebasa los límites de esta ciudad, bien lo sabe la pobre Elena que se siente como un perro forzando la resistencia de una correa anclada a esta casa donde pasa casi todo su tiempo. En el fondo se alegra porque la otra opción era ingresar en un convento, plazas libres seguro que había a pesar de los tiempos que corren con tanta mujer descarriada y tanta religiosa deseando meterlas en vereda, pero estamos hablando de la tierra de Santa Teresa, aquí no faltan los cenobios de enormes dimensiones donde la hubieran hecho un hueco a poco que su tía hubiera insistido, que para eso lleva toda su vida recorriéndolos como si siempre fuera semana santa, prodigando dádivas no sin cierta ecuanimidad para evitar recelos, que aquí se sabe todo y ella, no faltaba más, presume de tener un agudo sentido de la justicia.

Pero con lo de su sobrina doña Remedios Luján, habida cuenta de la delicadeza de la situación, ha dejado hacer a su marido, siendo hombre sabe mejor cómo componérselas en estos casos de extrema gravedad, así se lo había dicho su marido y así lo había aceptado ella después de un cruce de miradas muy serias, casi dramáticas, tras del cual ella había bajado la cabeza con humildad, santo y seña de quien sabe reconocer la autoridad que en esta casa no se discute. En definitiva, que el destino de Elena ha estado en manos de esta pareja que de repente se siente con el poder de gobernar vidas ajenas y es sobre su sobrina sobre quien ejercen un gobierno, mezcla de responsabilidad familiar, deber cristiano y mandato judicial que les ha caído encima, aunque ellos siempre se acogen a la primera intención porque la familia es lo primero, la sangre, qué tendrá la sangre que nos llama con repique insistente, cómo iban ellos a dejar en la cuneta nada menos que a la pobre Elena, la hija única de la hermana de Remedios. Estas explicaciones se han convertido en la declaración oficial para la galería de personajes que ya se han percatado de que en casa de don Hipólito hay un huésped inesperado y con la cantinela familiar han puesto sordina a cuanto entrometido se acerca para saber al respecto.

De esta manera tan discreta ha aparecido Elena Luján en esta ciudad después de tanto tiempo, envuelta en silencio su llegada, como si la hubieran plantado de la noche a la mañana justo detrás de los cristales de la ventana que da a la Calle del Duque de Alba. Ayer no había nadie y hoy ha aparecido una mujer entrada en la treintena, todavía hermosa a pesar de la rigidez de estatua o precisamente por eso, porque el sufrimiento se ha llevado todas las emociones y solo ha quedado la materia, bien tallada, de rasgos regulares, una verdadera Nefertiti escapada del museo pero despojada de su esplendor, con esa chaqueta un poco descosida que tan grande le viene pues no es ni siquiera suya, gentileza de su tía que le da cobijo y abrigo y todo lo que se estaba apolillando en los armarios desde antes de la guerra, expresión que en este caso no implica tanta distancia temporal pero viene muy a cuento.

Y cómo venía la pobrecita, santo Dios, había exclamado la tía Remedios cuando llamaron a la puerta a las cinco de la mañana y era ella, escoltada por dos guardias civiles. Los hombres se limitaron a saludar de forma marcial y nos hicieron firmar unos papeles. Hipólito, el hombre, se encargó de todo el papeleo. Solo después de que se hubieran ido la tía Remedios abrazó a su sobrina. Hacía tanto tiempo que no la veía y con todo lo que había pasado, sin tener noticias suyas, habían temido por su vida. Las lágrimas brotan en cascada de sus ojos anegados, sin embargo, los de Elena están secos, se limita a dejarse abrazar, besar, como si fuera una niña pequeña que detesta las muestras de cariño de los mayores pero a la que han educado para que los soporte estoicamente. Así aguanta los envites de su tía esbozando alguna sonrisa de vez en cuando para no resultar demasiado arisca, pero lo cierto es que no está para muchas zalamerías después de todo lo que ha pasado, no se lo imaginan sus tíos, que la reciben como si les hubiera llegado por paquete postal. En su momento, don Hipólito se limitó a aceptar su venida a España y alojarla en su casa pero no ha preguntado más. Las vicisitudes, las amarguras y el desasosiego por la incertidumbre sobre su futuro quedan solo para ella y no puede ser de otro modo, no está para muchos relatos: si al menos fueran felices..., pero todo lo contrario. Acaba de pasar los peores días de su vida en un viaje de destino incierto, desde París, cuando los alemanes la deportaron a España. Fue la decisión que tomaron después de un arresto que duró algunas semanas y del que bien pudo haber salido directamente para algún campo de concentración. Ella sabe que ese ha sido el destino de muchos republicanos españoles, pero finalmente llegó un joven alemán hablando un estafalario francés y le comunicó que volvía a España. Regresa a su patria, *fräulein* Elena, ¿no está contenta? Prefirió no responder ante una pregunta formulada con ironía insidiosa. Desde que los alemanes ocuparon París, Elena sabía que tarde o temprano esto podía suceder y aquí estaba este rubio y hermoso emisario portando una carpeta repleta de documentos donde habría informes, se imaginaba la joven, relativos a su persona, sobre sus actividades, su recorrido por tierras francesas desde enero de 1939, cuando atravesó la frontera como otros muchos españoles por Le Perthus y fue conducida a la orden de *Reculez! Reculez!* que proferían unos fornidos senegaleses para evitar que el inmenso y desastrado rebaño saliera del recorrido que inevitablemente les llevó a los campos de concentración junto a las playas: Argelès... Aquello fue duro pero al menos no estaba sola, siempre junto a Consuelo, su amiga y compañera.

El viaje que iba a emprender ahora era diferente. En primer lugar lo haría sola, no se puede contar como compañía la presencia perpetua del soldado alemán al que han encomendado que la deposite en la frontera junto con la abultada carpeta que narra en términos policiales su biografía, que sin duda recoge hasta los detalles más nimios, no en vano tienen fama estos teutones por su perseverancia, dotes de organización y trabajo minucioso. A Elena le asombra que su insignificante persona haya sido objeto de tan arduas pesquisas y, si eso lo multiplica por cada desarrapado español republicano que anda por ahí intentando sobrevivir, se le antoja una tarea titánica que estos alemanes parecen realizar casi con alegría de deber bien cumplido, de virtuosismo, de perfeccionismo enfermizo. Esta civilización no puede durar, se dice Elena. Por mucho que auguren mil años para este Tercer Reich, ella les da tres o cuatro a lo sumo, y no se equivoca, pero esta facultad adivinatoria no le alivia del temor que siente cuando camina junto a ese soldado al que imagina pertrechado de todo tipo de armas bajo el abrigo de cuero que tan magníficamente le cubre. Si nuestros soldados hubieran tenido estos abrigos ni de coña habríamos perdido la guerra, le espeta al soldado al tiempo que esboza una tímida sonrisa. El buen alemán se la devuelve sin asomo de inquietud porque no se ha enterado de nada y el rostro de la mujer le tranquiliza, incluso llega a compadecerse de ella, de lo desamparada que está, de lo que le espera. No es un secreto que la represión se ceba también sobre los repatriados ya sean voluntarios o forzosos, que al otro lado de la frontera les espera la cárcel o incluso la muerte. A Elena le aguarda el terreno enfangado de un campo de concentración en Miranda de Ebro, la miseria de barracones que respiran por los cuatro costados en este invierno de mil novecientos cuarenta y dos que parece no terminar nunca.

Sin embargo Elena no quiere recordar nada de lo sucedido. Procura trabajar sobre la construcción de una voluntaria amnesia antes que permitir que la memoria aniquile lo poco que le queda de entereza, de lo contrario se derrumbaría y todo podría suceder. Desgraciadamente nadie conoce sus límites, por eso a menudo el ser humano los sobrepasa sin darse cuenta. Mira por la ventana y el cielo está tan oscuro a las doce del medio día que dan ganas de volverse a la cama. Teme que los recuerdos se acumulen hasta formar un muro contra el que golpear la cabeza para hacerlos desaparecer y así, si no tuviera cabeza no tendría recuerdos, la liberación absoluta, tal vez la única posible. Elena comienza a recrearse peligrosamente en esa idea, pero de repente le asusta la paz que le proporciona y mira hacia otro lado. El salón de esta casa, de muebles de madera recia con sus tapicerías gastadas pero familiares, le acoge en un seno cálido como si volviera a la infancia. En una esquina el canario metido en su jaula no parece sentirse desgraciado, al contrario, salta de un palo a otro, se columpia, de vez en cuando baja a comer, mete su pequeña cabeza en el comedero y de tanto como la agita esparce alpiste sobre la mitad del suelo de la estancia. Entonces piensa Elena que tal vez ella también pudiera acostumbrarse a su nuevo espacio, de dimensiones limitadas y, como ese pájaro, ser feliz sin mayores pretensiones. Le pasma comprobar cómo su rebeldía se contrae a pasos agigantados a medida que se acomoda a su insignificancia. Los mecanismos de defensa se ponen en funcionamiento, ante todo se impone el instinto de supervivencia. A todo se acostumbra uno, solía decir su tía. Y en ese proceso estaba.

La campana del ángelus de la iglesia del convento de las Adoratrices le ha sorprendido como cada día seleccionando las lentejas. Las estrecheces del racionamiento no dan para más. Para colmo, las legumbres llegan a los hogares en tan mal estado que antes de ponerlas en la cazuela hay que realizar una concienzuda selección, apartando las vanas o los pequeños guijarros que las acompañan. De vez en cuando levanta la vista de tan delicada tarea, de ella depende que sus tíos no malogren su ya maltrecha dentadura, y mira por la ventana. De nuevo ha visto lo que tanto le acongoja, otra vez una mujer envuelta en su manto negro, desgastado, flanqueada por dos chiquillos mal abrigados, en alpargatas, encogidos y quietos como estatuas, las miradas perdidas. Deben de haber venido de algún pueblo y, como tantos otros, esperan horas y horas delante del cuartel de la guardia civil a que alguien les venga a dar alguna noticia o que de pronto se abra el portón y puedan ver al marido, al hijo o al padre que ayer mismo detuvieron en los montes de algún pueblo de la sierra. Ahí permanecerán todo el día y toda la noche hasta que ya de madrugada lo vean salir con las manos esposadas, dando tumbos, cubierto de heridas todavía sangrantes y con las culatas de sus fusiles unas sombras de largos capotes verdes y tricornios imposibles le apremien para que suba a un camión que le llevará a la cárcel de la espadaña, la que está adosada a la muralla junto al arco que llaman de la cárcel, no hay más misterio en la denominación.

Casi todos los días Elena asiste desde su atalaya a un espectáculo parecido, las variaciones solo las ponen las palabras que gritan las mujeres cuando ven salir a sus hombres. Por mucho que se lo esperen sus gargantas no pueden escapar a la visión del reo empujado, zarandeado, sucio, ensangrentado, casi irreconocible, eccehomo siempre reinventado por los siglos de los siglos para quien siempre hay una magdalena que le enjuga la cara con un paño o al menos lo intentan porque, en este caso, los guardias no dejan que se le acerquen, ni siquiera existe el consuelo de una despedida con abrazo, solo unos gritos desesperados en la distancia que marca un parapeto de armas en ristre.

Un escalofrío recorre el cuerpo de Elena cuando mira las tapias del cuartel, incluso aunque no haya mujeres esperando. La sola visión de esos muros coronados de cristales rotos le produce pavor. De vez en cuando se abre el portón por donde salen los caballos y entonces se puede ver el patio y los pabellones adosados a los paredones de las calles adyacentes. Algunos días, los niños del vecindario que juegan siempre en la calle haga frío o calor aprovechan la entrada o salida de las caballerías para recorrer todas las instalaciones del cuartel, hasta se meten en la estancia donde pernoctan los guardias solteros y saltan de cama en cama o juegan a pillarse entre los largos pasillos, tú la quedas, y los demás, en desbandada por las cuatro esquinas, desaparecen en busca de un refugio seguro. Elena sabe todo esto porque se lo ha contado una de las hijas de la familia que vive en el piso de abajo, la segunda de los hermanos, una muchacha de ocho años muy lista y muy parlanchina, provista de una vitalidad que desborda. Con su corta edad recorre las calles con una cesta y la cartilla de racionamiento en busca de todo lo necesario. A veces enfila la calle del Duque de Alba hacia el mercado Grande para luego atravesar la calle San Segundo, cruzar el arco del Peso de la Harina y esperar la inmensa cola que ya da la vuelta por la catedral para conseguir los escasos decilitros de aceite que una señora con muy malas pulgas ha vertido en su garrafa después de sellar el cupón. Otros días su madre la manda a la cola de la leche, en otra ocasión a la de las telas, que también esta mercancía es objeto de racionamiento, y muy de tarde en tarde llega un cargamento de géneros muy básicos, percales y poco más, con los que el común de los mortales se las apaña con más o menos estilo, dependiendo de la habilidad de modistas advenedizas que siguen las normas del corte y confección según su modesto entender.

Desde que Elena ha llegado a Ávila en contadas ocasiones ha salido de casa, pero casi siempre se ha topado en el portal o en la calle con la niña de los vecinos que desde el primer día le habla como si la conociera de toda la vida. Por ella se va enterando de todo lo que sucede en el barrio. Le cuenta de sus juegos en el cuartel cuando los guardias están a lo suyo y los niños aprovechan para meterse como comadreja por todos los agujeros, del solar contiguo, se ha fijado, señora, esas tapias por donde asoman los manzanos, ahí viven unos marqueses que tienen una hija impedida, dicen que fue cosa de la polio, una enfermedad que te deja paralítico para toda la vida, se imagina, señora. Elena asiente y se conmueve con los temores de la pequeña, tanto que procura conjurar el peligro de que tal cosa le sucediese a esta niña que le alegra el alma, a la que contempla casi con arrobamiento de madre cuando llega de la escuela embutida en un abrigo gris, de corte masculino, heredado de su hermano mayor, a él le queda ya pequeño pero sigue en funcionamiento, abrigando cada vez menos, dejando asomar por sus mangas dos bracitos delgados pero enérgicos, capaz de lanzar piedras a larga distancia, con sus coletas tiasas como dos alambres moviendo rítmicamente la pequeña cartera que seguramente alberga un único libro donde se encierra todo el conocimiento permitido a esa mente infantil que ha tenido la desdicha de vivir en estos tiempos de barbarie institucionalizada. Oscuro se presenta el porvenir para esta generación a la que pronto se le hurta el beneficio del saber.

Una vez concluida la minuciosa tarea de seleccionar las lentejas, Elena separa las indultadas y las pone en un puchero. El resto, que ni siquiera se le puede dar la categoría de lentejas, serán arrojadas al cubo de la basura. Pronto llegará su tía con la ración de azúcar que hoy se repartía y puede que alguna tableta de chocolate que ha adquirido a precio de producto de lujo en el mercado negro. Estos trapicheos consiguen levantar el ánimo de la señora Remedios que se siente afortunada cuando llega a casa y desenvuelve con mucho misterio la mercancía como si fuese un prestidigitador sacando conejos de la chistera. Puede que algún día lo del conejo sea algo más que pura metáfora y consiga uno para hacer un buen estofado, pero de momento hoy se conforman con las lentejas de vigilia. Últimamente en esta ciudad parece que la semana santa dura todo el año. Está claro que Dios, nuestro señor, quiere que hagamos penitencia por nuestros muchos pecados, suele decir la tía Remedios entre suspiros, y de esta forma tan categórica zanja cualquier protesta mundana sobre esta dieta alimentaria que tanto fastidia al señor Hipólito.

Elena atiza el fuego para que el puchero comience a hervir y de paso acerca las manos a la lumbre y consigue así, a través de las extremidades, que su cuerpo entero entre en calor. No es hora de poner el brasero todavía y, por lo tanto, la casa está fría, el viento otoñal se cuele por los marcos de las ventanas que no ajustan bien. La vivienda ya es vieja y nunca ha sido objeto de reparación alguna. De manera sigilosa se va deteriorando un poco cada día sin que nadie lo remedie, de manera que sus achaques se han vuelto más frecuentes y sus huesos crujen como los de cualquiera que tuviera más de cien años a sus espaldas. La joven escucha los ruidos que emergen de todos los rincones de la casa con atención desmedida, pero especialmente los que se producen más allá de la puerta de entrada, los que tienen lugar en la desgastada escalera cuyos peldaños de madera delatan los movimientos de todo el vecindario. A estas alturas es capaz de identificar los pasos de cada vecino, incluso los del bajo que apenas tienen que caminar unos metros por el portal y enseguida entran en su casa, pero la atención con la que escucha y, sobre todo, la preocupación que sigue suscitando cualquier sonido desacostumbrado, especialmente cuando oye pisadas por las estrepitosas escaleras y nota que no se detienen en la planta baja, le han convertido en una experta. Los de su tío y su tía ya los conoce y los espera, también el taconear cansino de la viuda de enfrente, apoyada sobre el pasamanos todo el tiempo, limpiándolo literalmente, incluso puede oír los jadeos de su respiración cansada, cómo introduce la llave lentamente y empuja la puerta que invariablemente emite un quejido sordo, de goznes mal engrasados, a modo de saludo. Los pasos rápidos de la señora del bajo izquierda también los conoce bien, no en vano se pasa todo el día entrando y saliendo, también los de sus hijos, especialmente los de Mercedes, su pequeña y graciosa confidente de coletas tiesas, que siempre canturrea alguna copla de moda mientras avanza por el portal con su caminar saltarín de bailarina de ballet, esta niña que en su vida habrá visto semejante espectáculo pero sabe desplazarse como si fuera discípula de la gran Paulova. Pobre niña Mercedes, por ser tan alegre y dispuesta le cae todo encima, especialmente el cuidado de sus hermanos menores: Lucía y el pequeño Miguel, de apenas tres años, que es un verdadero lastre para la niña, obligada a llevarlo a todas partes como si de una bola de preso se tratara. No hay manera de quitárselo de encima y además les ha salido chivato. Pocas frases coherentes sabe decir pero la que repite a todas horas es: vas a madre. Así que la niña acaba por levantarlo en vilo y llevarlo a donde sea, incluso a esas peligrosas incursiones dentro del cuartel, cuando saltan sobre los colchones de las camas de los solteros y se escabullen como lagartijas ante la presencia de algún guardia civil.

Recientemente también se ha ocupado el bajo derecha. Se trata de una familia desterrada de Valencia. No es la primera, hay unas cuantas repartidas por la ciudad. Algunas no son oriundas de aquellas tierras, emigraron a finales del treinta y seis, cuando el asedio de Madrid hizo huir a todo el gobierno, y ahora han sido devueltas a tierras castellanas. Otras en cambio, como esta, los Plá, son auténticamente valencianos como lo demuestra su apellido y su profesión: heladeros de larga tradición, sin embargo, en estas frías tierras y en estos duros tiempos no está el mercado para esas frivolidades veraniegas. El marido ha acabado de acomodador en el cine Avenida y la mujer, de taquillera. La hija, una joven de veinte años, trabaja como asistenta en casa de un pintor. Elena la suele ver en el portal pelando la pava con el novio que no es otro que uno de los hermanos de Concha, la mujer del ferroviario, los que viven en el bajo izquierda. No se imagina cómo puede haber tanta gente en un apartamento tan pequeño. A saber: el matrimonio y sus cuatro hijos, más dos hermanos jóvenes de ella, ferroviarios también. Constituyen una auténtica saga empleada en el ferrocarril pues, tiene entendido, que el padre de Concha también lo es. No es extraño que con tanta gente, los pasos en el portal se escuchen a diario, pero el corazón de Elena se aquieta cuando los oye detenerse en el bajo, se siente a salvo.

La tía Remedios acaba de llegar. Se sienta en un banco junto a la mesa de la cocina, jadeando, no tiene ya edad para andar trotando por ahí, pero a ver qué va a hacer. Se atusa el *arriba España* porque el viento ha descolocado algunos mechones escapados de la torre albarrana que constituye el peinado de moda. Pasados unos minutos de descanso, extrae del cesto todas las mercancías que ha conseguido y las deposita sobre la mesa. Tras una explicación prolija de la procedencia de cada una de ellas y de cómo su sagacidad ha estado muy presente en todas las transacciones, con un gesto de la mano indica a la sobrina que las guarde, cada cosa en su sitio, e inmediatamente Elena se dirige de la fresquera a la alacena disponiendo alimentos según su fecha de caducidad que en estos tiempos no se sabe, pero se intuye, no hay más que oler la carne que ya viene algo pasada, pero con un buen adobo y en la artesa de la habitación del fondo donde jamás ha entrado un rayo de sol y sí el frío seco, seña de identidad de esta tierra, la vida de los alimentos se alarga en un atisbo de eternidad rudimentaria, pero mucho más eficaz que la que prometen las neveras que ya empiezan a verse en algunas casas de muchos posibles.

Poco después llega don Hipólito contando las últimas noticias que ha leído pacientemente en el casino. Acerca sus manos al fuego de la cocina y levanta la tapa del puchero maquinalmente, de sobra sabe lo que hay, no es curiosidad por conocer el contenido, más bien lo hace como un acto reflejo. Se desprende del gabán, de la bufanda y el sombrero. La tía Remedios ya le tiene preparadas las zapatillas y el batín en la salita donde se sentará a esperar que esté lista la comida. Elena se afana en la cocina, abre cajones, remueve cubiertos, coloca platos sobre la mesa. Esta vez los ruidos no le han permitido espiar los pasos que ascienden por la escalera, que, para variar, no se han detenido en el bajo, sino que han seguido subiendo, amplificando el sonido de la madera al crujir, cada vez más cerca, hasta que se hace el silencio justo en el lado izquierdo del rellano, delante de la puerta de los señores Sánchez Luján. De repente suena el timbre. La tía Remedios se apresura a abrir la puerta, ya va, ya va, sin duda pensando que se trata de alguna vecina pedigüeña en busca de sal o cualquier otro descuido de última hora, de ahí su tono de voz en el que se agazapa un cierto enojo mal disimulado. Tan convencida está de la certeza de sus expectativas que se dirige a la puerta envuelta en su bata de guatín tan deslucida y desgastada que no se le adivina el color ni la textura, para recibir a la vecina de enfrente no hace falta demasiada etiqueta. Sin embargo, su sorpresa es mayúscula cuando delante de ella se encuentra a un señor bien trajeado, cubierto por un buen abrigo de paño y tocado por un sombrero de fieltro de la mejor calidad. Cualquiera diría que estamos en tiempos de penuria. El que aquí se presenta no parece estar pasando apuros y es precisamente este andar por la vida tan bien arreglado lo que despista a la señora Remedios, que se queda mirando al recién llegado con la certeza de estar ante un rostro familiar pero sin terminar de reconocerlo.

—Buenos días, doña Remedios. ¿No me reconoce?

—Perdone usted, pero así de pronto... Y el caso es que su cara me suena —responde la interpelada comenzando a incubar una cierta preocupación que la sorpresa del primer momento había postergado.

Sin embargo, el hombre duda unos segundos en presentarse, se resiste a no ser reconocido por esta mujer que le ha visto crecer. Cosas de la edad, se dice, la vieja ya chochea. Pero no, en absoluto, en la mente de Remedios se hace la luz y su rostro se ilumina con el descubrimiento.

—Pues claro que me acuerdo. Pero si eres Paquito, el de la señora Encarna, la que cogía los puntos a las medias. Vamos, no te quedes ahí, pasa.

Pero la visita, que ya se verá que no es tal, no se anima a pasar. Es más, ante las palabras de la tía se queda un poco confundido como si no se reconociera en la sucinta biografía que de su persona acaba de oír. Lejos quedó lo de Paquito para alguien que ahora se hace llamar Don Francisco Romero Ventura, también borrada la profesión de su madre que jamás cogió puntos a las medias ni trabajó en nada que no fuera cuidar de su familia como buena y abnegada ama de casa.

—No paso, señora, porque mi presencia en esta casa no responde a ninguna visita de cortesía.

—Bueno, pues usted dirá lo que desea —repuso la tía con un hilo de voz, como si le ahogaran las palabras.

Mientras tanto, don Hipólito se llegó también hasta el vestíbulo, agujoneado por la curiosidad de saber qué estaba pasando pues no parecía que se tratara de ninguna vecina y la hora, todo había que reconocerlo, no era propia para hacer visitas, máxime cuando familiares y allegados sabían que en esta casa los horarios son materia sagrada y pecado mortal andar molestando a las horas de las comidas. Le sorprendió ver a su mujer departiendo con un desconocido, pero cuando se acercó un poco más y enfocó la vista identificó al recién llegado.

—¡Paquito! Cuanto tiempo sin verte, hijo. Estás hecho todo un hombretón. Pasa, pasa.

—Me temo, Hipólito, que el señor no viene de cumplido —explicó la señora Remedios.

—No, don Hipólito, y lo siento muchísimo, pero son asuntos graves los que me traen hoy aquí —terció Don Francisco muy serio, evitando mirarles a los ojos—. Se trata de su sobrina. Traigo una orden de arresto contra ella.

El silencio cayó como una losa sobre el umbral de la puerta donde todavía se encontraba el trío como si estuvieran en tierra de nadie, ni dentro ni fuera, suspendidos en el tiempo a la espera de que alguien deshiciera el encantamiento.

—¿Qué sucede? —preguntó Elena desde el pasillo.

La voz de la joven desgarró el silencio, sin embargo, no obtuvo respuesta. Las miradas, que por un instante se habían vuelto hacia ella, buscaron rápidamente una huida hacia el suelo. No hizo falta ninguna explicación. A Elena le bastó ver la hoja mecanografiada que todavía sostenía el comisario en la mano para saber que tendría que buscar su abrigo y acompañarle sin más demora. Así solían ser las cosas. Aquí te pillo, aquí te mato.

Don Francisco pensó que le resultaría más fácil. Al fin y al cabo había pasado tanto tiempo... Pero cuando la vio al fondo del pasillo y comprobó lo poco que había cambiado fue como lanzarse en una caída vertiginosa por el túnel del tiempo para verla quince años atrás cuando era la chica madrileña que iluminaba los veranos de la ciudad de provincias, con sus aires capitalinos, enigmática, inaccesible...

Sin embargo no dice nada, ni siquiera se dirige a ella. El pasado quedó atrás, está definitivamente sellado, ahora es un hombre nuevo, desapareció el Paquito de entonces y por eso le incomoda sobremanera que todavía haya gente que le llame así. Para él es como si aquel joven siempre amedrentado, gorra en mano inclinándose ante los poderosos de este mundo, nunca hubiera existido o si existió solo fue para trazar un camino inevitable que le ha llevado hasta aquí, a la puerta de esta casa para ver a la niña altiva de otros tiempos salir para la comisaría. Otras torres más altas se ha visto caer, algunas incluso las ha aplastado con su bota. Así es la vida, a cada uno le pone en el lugar que le corresponde. Son pensamientos que siempre acuden a su mente en el momento oportuno para zanjar viejos dilemas morales, pero tan pronto como llegan desaparecen.

—Ya estoy lista —dijo Elena abrochándose el abrigo a la par que clavaba su mirada en el comisario—. Vaya, Paquito, parece que la vida te trata bien.

El aludido no contestó. Procuraba evitar cualquier atisbo de familiaridad y dejar que prevaleciera en todo momento el ejecutor de la justicia, el fiel servidor del régimen, este personaje importante en que se ha convertido. Ya nunca más Paquito, ya nunca más el hijo de la Encarna, la que coge puntos a las medias.

EL HERALDO DE MADRID

Recostada sobre el respaldo de su asiento, Elena respira profundamente, estira las piernas y de paso se ajusta las medias, ahora que no la ve nadie, que el director ha salido y la ha dejado sola con todo este barullo de cartas. Hoy tenía el día inspirado y se ha puesto a dictar esas misivas tuyas tan engoladas, llenas de muy señores míos, etc., etc., de un estilo un poco cursi y demasiado pretencioso, bien lo sabía ella sin ser precisamente una experta en el arte de la palabra. Pero es que su jefe solía dejarse llevar por todas las musas del monte Parnaso sin importarle el objeto de la misiva, de manera que andaban a la par en metáforas y sinécdoques las que enviaba a su querida, la señorita Mari Luz, como las dirigidas al representante de Aceites Carbonell.

Antes de ponerse de nuevo a la faena, ejercita los dedos como si fuera una pianista a punto de iniciar un concierto, y no es para menos el trabajo de mecanógrafa en estos tiempos en que todavía no se han inventado artilugios eléctricos ni electrónicos y escribir a máquina constituye una esforzada lucha entre el hombre, en este caso y casi siempre la mujer, y la máquina. Hay que pulsar, casi golpear, una teclas tan pesadas que convierten cada letra escrita en un acto hercúleo, especialmente la z a la que se dirige el meñique con una torsión exagerada intentando accionarla con el mayor empuje para lograr, sin embargo, un entintado invariablemente pobre y desleído. Elena observa el resultado de la carta y comprueba como esas letras esquinadas casi desaparecen en la copia. Todavía el original ha quedado bastante uniforme, pero el papel carbón tan desgastado ha dejado una réplica prácticamente ilegible, con signos que parecen huellas de moscas que hubieran posado sus arbitrarias patas entintadas sobre el fino papel. Sopesa el resultado y, aunque en un primer momento se le pasa por la cabeza repetir todo el proceso, enseguida desiste. Para evitar cualquier duda ulterior inmediatamente estampa el sello del registro de salida y da curso al documento. Al fin y al cabo ella es la archivera de esta oficina y ojalá la única persona en este mundo que alcance a contemplar semejante chapuza. Es lo bueno que tiene ser un factótum en el trabajo.

Aunque no están claras sus competencias ni existe el Estatuto de la Secretaria, todavía no se utiliza el término auxiliar administrativo, Elena sabe que este empleo es el de chica para todo. Después de escribir varias cartas al dictado y pasarlas a máquina se ha encargado de llevar el café a casi toda la plantilla, empezando por el director y siguiendo por los jefes de redacción, hasta los simples redactores tienen derecho a este servicio. Nadie se lo comunicó cuando comenzó a trabajar en El Heraldillo como mecanógrafa, así rezaba su contrato, pero desde el primer día quedó claro que la delimitación de sus funciones caía en un limbo estatutario que nunca se ha permitido discutir.

Ya va para un año que ocupa esta plaza. Justo un día antes de la proclamación de la República comenzó a trabajar en el periódico. De la noche a la mañana se encontró inmersa en un mundo totalmente desconocido para ella. Nunca hubiera imaginado cuando asistía al curso de mecanografía que unas prácticas tan aburridas le abrirían las puertas de un universo tan fascinante. Elena se presentó a la prueba donde se valoraba su rapidez en la toma de notas al dictado y en el uso de la máquina de escribir sin demasiada convicción en sus posibilidades a pesar de que, entre bambalinas, su padre había intercambiado algunas palabras de recomendación que solo habían llegado hasta el conserje. Sin embargo, este corto trayecto debió ser suficiente para catapultarla hasta la mejor nota obtenida por las candidatas, posición en la que también tuvo que ver su buen hacer como mecanógrafa no demasiado veloz pero sí impecable en el acabado de los textos, sin apenas errores tipográficos y sin faltas de ortografía. Para algo habían servido sus estudios medios completados y los incipientes superiores de magisterio que abandonó en el primer año.

Fue entrar a trabajar y ya el primer día la redacción del periódico parecía una olla a presión a punto de estallar. Las máquinas de escribir, cual locomotoras lanzadas a la carrera, orquestaban un concierto continuo de sonidos rítmicos, monótonos, cuyas frases siempre terminaban con el clic metálico y agudo de la manivela que mueve el carro para saltar de línea. Los teléfonos tampoco paraban de sonar. Los intrépidos reporteros corrían por las calles de Madrid a la caza de la noticia que en esos días saltaba en cualquier esquina. Todo era expectación por conocer los resultados de las elecciones del 12 de abril. Elena, sin embargo, no consiguió saborear en su plenitud esos momentos históricos a causa de los nervios de primeriza, tan solo puso atención en familiarizarse con todos sus cometidos, memorizando cada instrucción que el director le iba dando según se le iba ocurriendo, sin ningún tipo de método, lo que enloquecía a la pobre secretaria.

Un día antes, el de las elecciones, se había mantenido en el periódico una calma expectante en la que se mezclaba el miedo y la esperanza. En este rotativo de espíritu republicano se viene clamando desde hace tiempo por el fin de la monarquía, de manera que ahora que parece estar a punto de llegar el momento tan ansiado les invade una sensación de euforia entre la que se cuele la incredulidad, incluso el escepticismo. Pero no, esta vez es de verdad. Así lo demuestran los resultados que, aunque por un estrecho margen, en las capitales, en la España urbana, auténtico termómetro de la voluntad popular, el triunfo es para los partidos republicanos. Y ahora nadie quiere esperar más, ya han esperado bastante, la gente está harta de los continuos fraudes electorales. Esta vez no lo van a permitir. Si el pueblo ha hablado, habrá que escucharle. Son las palabras que continuamente se oyen en la redacción del periódico, algunas incluso se convierten en titulares de primera plana. La soberanía popular, tan maltratada en esta España dominada por interminables camarillas de políticos corruptos, se ha manifestado primero en las urnas y después en la calle. La gente no se fía y, por eso, Madrid entero emerge en tromba. Así lo cuentan los reporteros que no salen de su asombro. Algunos incluso llegan a sentenciar: aquí se va armar la gorda, e inmediatamente se ponen a teclear invadidos por una exaltación que va in crescendo, los artículos que los rotativos imprimirán esa misma tarde para la edición de la noche.

Elena también colabora desde su insignificante posición de secretaria recién estrenada. Ni siquiera ha tenido tiempo de aclimatarse a su nuevo empleo y se encuentra con la redacción hecha un auténtico campo de batalla en el que ella va y viene con la intendencia. Aquí cuartillas, allá una nueva cinta para la máquina que esta se ha quedado sin tinta, al director un café bien cargado que lleva toda la noche en vela, llégate hasta la churrería de la esquina y te traes una docena de porras. Muchos no han dormido para sacar la edición de la mañana lo más temprano posible. Había tanto que contar. Es la madrugada del 15 y todo Madrid tiene que ver las gruesas letras negras de los titulares que anuncian la proclamación de la República. En la Puerta del Sol estuvieron los reporteros de El Heraldo de Madrid, en primera línea para no perderse un detalle de los acontecimientos. Uno de los fotógrafos, encaramado a los barrotes de un balcón, ha tomado una magnífica instantánea que irá en la portada, sin duda ilustra a la perfección la magnitud del momento. Toda la gente allí congregada, la euforia de los brazos en alto, pidiendo lo que les pertenece, las bocas abiertas en mitad de un grito que unas veces es canción y otras, proclama o estribillo reivindicativo. Las banderas tricolores ondean inflamadas por un viento que no es meteorológico, son las manos que las portan las que incansables las hacen bailar. De la calle Mayor y de la calle Arenal llega una multitud que difícilmente encuentra acomodo en la plaza. Del vagón de un tranvía que ha quedado varado en la esquina de la calle Alcalá asoman por todos sus orificios figuras sonrientes que jalean con sus palmas al hombre que, subido en el asiento trasero de un automóvil descapotable, ha conseguido izar una bandera por encima de todas las cabezas, gesto espontáneo que por un momento logra concitar la atención de la muchedumbre.

Elena no ha querido perderse el espectáculo y ha aprovechado un momento de calma en la redacción para escaparse con Juan, el fotógrafo, que por enésima vez salía en busca de la noticia con su cámara Leyca colgada al cuello. Vamos, guapa, le ha dicho guiñándole un ojo, no vas a ser la única que te quedes hoy encerrada entre cuatro paredes. La joven le ha seguido sin pensárselo dos veces. Ya en la calle se suman al ritmo acelerado de los que apuran el paso para llegar a la Puerta del Sol. Cuando atraviesan la plaza de Canalejas se les viene de frente un elegante coche negro. Sus ocupantes, encaramados a los resquicios más inverosímiles de la carrocería, de pie sobre el capó o subidos a las plataformas laterales, saludan a los transeúntes, brazos en alto, sombreros al vuelo. Y es uno de esos instantes de euforia el que detiene el fotógrafo, el que queda para siempre hurtado al olvido, con aquellos hombres de traje oscuro, cuellos almidonados y corbatas mal ajustadas, mirando a la cámara, sonrientes, confiados, sin asomo de temor ante el futuro que ya no les parece incierto, que lo tienen en sus manos, para eso constituyen la soberanía popular, un poder que ahora nadie podrá arrebatárles. El pueblo ha hablado, proclamarán los periódicos en gritos de negros caracteres, reforzados por interjecciones, y debajo, fotos como esta, por si alguien en Madrid aún no sabe que el pueblo se ha echado a la calle. Ya tienen ocupado el lugar central de la primera plana. En el margen aparecerá una breve noticia sobre la huida del rey que marcha para Cartagena donde tomará un barco hacia Inglaterra. Sin embargo, aún quedará espacio en una discreta esquina de la primera plana para el anuncio de la Pomada Radical Escudero, contra pecas, manchas y paños de la cara y, si nos apuramos, también puede haber hueco para el detergente en polvo *Persil* y el dibujo de la esbelta mujer que porta en sus manos un paquete de este producto milagroso que “reduce el esfuerzo y aumenta la economía”, no se le ha ocurrido mejor reclamo al joven Ernesto Núñez, el publicista y dibujante que además, por orden de la empresa anunciadora, ha añadido a regañadientes “para lavar la ropa fina y corriente”, en letras demasiado grandes para su gusto porque casi llegan a tapar el dibujo del duende que asomando por detrás de la mujer restriega afanosamente una prenda de la colada al tiempo que esboza una pícaro sonrisa.

Poco a poco Elena va conociendo a todos los empleados de El Heraldito. Su trabajo de secretaria y chica para todo posibilita los acercamientos. A los pocos días se pasea con soltura por las mesas de la sala grande donde los redactores de a pie se afanan con los teletipos y las ruidosas máquinas de escribir, atendiendo múltiples requerimientos. También entra en las oficinas laterales no sin antes golpear el cristal de las puertas que custodian estos pequeños despachos. En uno de ellos está Ernesto Núñez, el dibujante, no por razones jerárquicas, al fin y al cabo no deja de ser un proletario de los papeles esponjosos y las tintas, sino más bien porque necesita más espacio que los demás. Tiene el privilegio de ocupar su propio cubículo demasiado pequeño, sin embargo, para albergar todo su material de trabajo, desde la gran mesa inclinada de dibujo hasta los armarios atestados de botes de pintura, disolventes, pinceles más finos, más gruesos, resmas de papel, carpetas por cuyos bordes escapan los bocetos mal colocados dejando asomar retazos de su precaria existencia, una pierna de mujer de lo que en su día fue una propuesta para la casa de medias *Silke...*, nunca se desmayan o el bote de PHOSCAO, el más exquisito de los desayunos, el más potente de los reconstituyentes.

A Elena le encanta contemplar a Ernesto mientras trabaja. Cuando atraviesa el pasillo de vuelta al despacho del director nunca se resiste a mirar a través de la puerta acristalada y comprobar que está trabajando, como siempre muy concentrado en sus dibujos, dando vida a sus criaturas estilizadas con trazos finos aquí, gruesos allá, según lo requiera el diseño, lo que a su vez dependerá de la temática: no es lo mismo un dibujo para ilustrar las máquinas de coser *Alfa*, donde predominan los espacios saturados de tinta negra, que los apuntes delicados del frasco de perfume *Rêve d'Or* de L.T. Piver, París.

A veces entra y saluda. Le ofrece sus servicios de factótum que él invariablemente rechaza. Este joven atesora el principio de molestar lo menos posible. Ya se sobra él para procurarse lo que necesita y no es por desairar el sincero ofrecimiento de la muchacha, es simplemente que la prefiere en su puesto de secretaria, haciendo el trabajo para el que ha sido contratada y no de criada. Las explicaciones del joven despiertan en Elena un atisbo de orgullo, primero por ella que se siente reafirmada en este mundo todavía desconocido por el que aún camina con pies de plomo, pero también por él, porque sus palabras hablan de su honestidad. Ojalá hubiera más hombres como este, piensa Elena dando media vuelta, pero antes de salir se vuelve:

—Entonces, don Ernesto, quiere decir que no quiere verme por aquí... Bueno, a lo mejor le molesto.

—Nada de eso, puedes venir cuando quieras. Y no me llames don Ernesto, que tenemos casi la misma edad.

Elena sonríe y cae en la cuenta de que tiene razón. El dibujante no pasará de los veintidós o veintitrés. No hace mucho aún ocupaba una porción de banco en las aulas de la Escuela de Bellas Artes.

—Como usted mande —contestó Elena. Inmediatamente sus palabras le sonaron fatal—. Será mejor que nos tuteemos.

De forma casi instantánea Ernesto Núñez se inclina sobre la mesa de dibujo y retoma su acendrada concentración. Mientras sombrea con el lápiz una pequeña superficie hasta no dejar ni un espacio en blanco, su ceño se frunce cada vez más y la punta de la lengua asoma entre sus labios. Antes de salir, Elena goza del privilegio de observar al artista en pleno proceso creativo, ajeno al mundo que le rodea, tan desamparado que siente en ese instante hacia él una desazón que no sabría explicar, tal vez sea porque le cree desprevenido y por lo tanto vulnerable. Cuanta ternura le provocan estos seres estrafalarios que no son de este mundo, que cualquier día serán engullidos por la monstruosa voracidad de la vida, esa madrastra que jamás encuentra un lugar seguro para los soñadores.

En el camino de vuelta hacia su mesa, la joven vislumbra al final del pasillo a una mujer gruesa de andares vacilantes. A medida que se acerca, Elena no lo puede creer, pero sí, es ella. Además se dirige al despacho que lleva su nombre, ese lugar misterioso que nunca ha visto abierto. Apenas le separan ya unos metros y piensa en lo que le va a decir. Sin embargo teme que las palabras se le queden en la garganta ante la presencia de la célebre Carmen de Burgos. Cuando entró a trabajar en El Heraldo de Madrid sabía que la escritora seguía colaborando con ellos. En tiempos tuvo una sección fija sobre temas femeninos. Dio mucho que hablar en aquella época, con sus ideas tan atrevidas, incluso antes de empezar a trabajar en El Heraldo, cuando en el Diario Universal publicó una encuesta sobre el divorcio que escandalizó a toda España. A esta mujer no se le ponía nada por delante. Cuentan que fue la primera corresponsal de guerra, allá por 1914, cuando a la vuelta de Escandinavia, donde le pilló el estallido del conflicto, fue detenida en Alemania acusada de espía y aprovechó la circunstancia para enviar algunos artículos. Siempre fue una señora valiente, y eso que nació en pleno siglo XIX y en un pequeño pueblo almeriense. Bien es verdad que su familia era rica, tenían tierras para jartarse, como dicen por allí, pero al fin y al cabo era mujer, candidata a un matrimonio temprano y a una vida discreta a la sombra de su marido. Pero no fue así, de acuerdo que se casó bien pronto pero se divorció casi con la misma rapidez. De todo aquello ha pasado tanto tiempo. Ahora tiene 65 años vividos intensamente y todavía atesora una vitalidad que continuamente desafía a sus achaques. Ella suele decir que su mente y su cuerpo componen un matrimonio mal avenido en el que cada uno tira en una dirección diferente. Por el momento es su mente quien marca el calendario de esta brava mujer que ha roto moldes en todos los ámbitos de la vida. En los últimos años incluso se ha dejado seducir por la política, se ha afiliado al Partido Republicano Radical Socialista y es precisamente esta postrera dedicación la que absorbe todo su tiempo y su energía.

El director sale en ese momento de su despacho alertado por la presencia inusitada de la escritora, justo en el instante en que Elena ha llegado a la altura del pasillo donde se encuentra Carmen y duda entre detenerse o seguir su camino en silencio. El señor Uriarte acude, sin proponérselo, en su auxilio:

—Dichosos los ojos, Carmen. Desde que anda en política no hay quien le eche el lazo —dice mientras toma la mano regordeta de la escritora y se la lleva a los labios. Es un hombre a la antigua usanza, no solo no lo niega sino que hace ostentación de ello.

—Ya ve usted, sigo dando guerra —contesta Carmen—. Ahora que por fin se nos escucha en este país de sordos congénitos, hay que aprovechar.

—Siempre tan combativa. Eso es lo que siempre me ha fascinado de usted. Nunca se desmoraliza —afirma entre suspiros el director, que no comparte el optimismo de Carmen. Al contrario, es un pesimista patológico que sin embargo tampoco se desmoraliza, es más, su visión negativa de la realidad alimenta y engorda su deseo de seguir en la brecha. Qué no sabrán los republicanos españoles de resistencia ante las adversidades, si llevamos casi un siglo persiguiendo quimeras.

—¿No me va a presentar a la nueva adquisición? —pregunta Carmen aprovechando que Elena esta allí sin atreverse a decir nada.

—Por supuesto. Se llama Elena Sánchez Luján. Es la nueva secretaria. Ya sabes que Paquita dejó el empleo para casarse. Al parecer su futuro marido le obligó a elegir entre él y el periódico —explicó el director.

—Encantada de conocerte —dijo Carmen al tiempo que plantaba sendos besos en las mejillas de la joven. Durante tan solo unos instantes sus miradas se cruzaron, el tiempo suficiente, sin embargo, para que la escritora descubriera un brillo en los ojos de Elena que denotaba una pasión incipiente y una determinación inusual en una mujer tan joven. Fue como mirarse en un espejo de direcciones temporales alteradas en el que, de pronto, la distancia de 45 años se encogiera dinamitando el tiempo transcurrido y convirtiéndolo todo en presente.

La joven apenas puede balbucear un “encantada” mientras la mente se le enturbia buscando palabras de admiración que no logra encontrar entre tantas como barajaba un momento antes. Sin embargo es suficiente esa mirada anhelante y ese movimiento aquiescente para expresar con vehemencia todo lo que hubiera deseado decir. Que ha leído sus novelas, muchos de sus artículos, los libros de viajes, incluso asistió a una de sus conferencias en el Ateneo en 1920 poco después de que fundara la Cruzada de Mujeres Españolas y pidiera a las Cortes el voto para la mujer. Entonces Elena tenía solo diez años, pero su padre, republicano convencido, vio en el acto la ocasión perfecta para que su hija recibiera su bautismo librepensador y, aunque es cierto que las palabras de la escritora huyeron de su mente infantil apenas fueron pronunciadas, guarda un recuerdo preciso de algunos detalles, como el traje severo de sufragista que vestía Carmen en contraposición al suyo, de organdí color crudo, con abundancia de lazos, medias finas y zapatos mercedes de charol. Recuerda la sensación de orgullo cuando caminaba por la calle del Prado de la mano de su padre hacia el “templo del librepensamiento”, así solía referirse al Ateneo el señor Sánchez. Elena concluyó que aquello se parecía mucho a la primera comunión, no sabía muy bien por qué, pero enseguida asoció ambos acontecimientos. Había algo de iniciático en los dos actos. Sin embargo, los derroteros de la vida y sus propias ideas le llevaron a olvidar el religioso y extirpar cuantas consecuencias se pudieran derivar de él.

—Bienvenida a El Heraldo —exclamó Carmen intentando atajar la tribulación de la muchacha.—Seguro que aquí aprenderás mucho. Y no dejes que tu jefe te explote.

—Usted siempre tan divertida, doña Carmen. Qué cosas tiene...—intercedió el director.

—Las mujeres tenemos que defender nuestros intereses —argumentó la escritora—, de lo contrario en los periódicos nunca habríamos pasado de servir los cafés a toda la redacción. Además yo, que tengo muy buen ojo y muchos años, presiento que nuestra joven Elena tendrá un gran futuro en el mundo del periodismo y no suelo equivocarme en estas cosas, siempre he sido un poco bruja.

Con esta última consideración el director estaba totalmente de acuerdo. Aunque sus ideas republicanas son incuestionables, sus opiniones hacia el sexo opuesto le acreditan como un verdadero cavernícola, lo cual no es extraño, el mundo está lleno de contradicciones y más en esta España que a veces se mueve sin avanzar como si diera vueltas en círculo sobre la misma baldosa del tiempo sin desgastarla.

—No lo dudo... Bueno, en fin, que si usted lo dice. De momento como secretaria es una joya —añadió el director marcando una leve inclinación de cabeza hacia la joven que recogió el piropo con una sonrisa—. Me gustaría mucho seguir compartiéndolo en tan agradable compañía pero el deber me llama.

—Yo también tengo mucha prisa —dijo la escritora ajustándose la chaqueta del traje sastre a su oronda figura—. Me alegra mucho haberte conocido, Elena. Nos volveremos a ver.

Carmen se alejó a paso lento a pesar de la premura que había anunciado, pero su edad y su volumen no permitían mayor agilidad. Elena se quedó observándola mientras se alejaba, todavía agitada por la emoción, con el corazón bombardeando su pecho. Después volvió a su mesa donde le aguardaba la máquina de escribir con la hoja en blanco sobre el carro, impoluta, esperando la activación del martilleo constante que en unos segundos imprimirán sus dedos para sembrar de signos esta tierra inmaculada. Que desgraciada existencia la de este pobre papel, piensa Elena, tener que vivir albergando las insustanciales misivas que le dicta su jefe. No es extraño que le asalten estos pensamientos. El encuentro con Carmen ha liberado su espíritu creativo elevándola muy por encima del pequeño escalón que ocupa una simple secretaria. Cómo desearía parecerse a ella. Sin embargo enseguida abandona las ensoñaciones y se pone a la tarea. El jefe espera que antes de la hora de comer tenga copiadas todas estas cartas y no se puede parar en divagaciones, sobre todo cuando los ojos del señor Uriarte se levantan frecuentemente por encima de las gafas y la observa con gesto apremiante.

El montón de gruesos papeles descansa sobre la mesa como estratos geológicos apilados por el tiempo. Sin embargo, pronto van desapareciendo, erosionados por este vendaval mecanográfico que es Elena cuando decide ponerse a la tarea. Hace unos minutos el director ha salido al bar de la esquina acompañando al representante de las pastillas *Brandreth*, infalibles contra las almorranas, como reza el anuncio que discreta pero insistentemente viene apareciendo entre las páginas de deportes y las de espectáculos, según convenga a las leyes de la maquetación.

La ocasión está servida para que la inquieta secretaria salga al pasillo sin necesidad de excusa. Saluda a unos y a otros. En poco tiempo se ha ganado la confianza de la mayoría porque es amable y servicial. No hay mejor credencial para introducirse en el ánimo de los demás, salvando el parapeto de las primeras reticencias. Intercambia unas palabras con Salvador, encargado de las noticias nacionales, que hoy se afana en ultimar los detalles de un artículo conmemorativo de la proclamación de la República. Un poco más allá saluda a Jesús Galán, a cargo de las noticias deportivas, pero su objetivo es otro. Al fondo de la sala ha divisado a Leandro Navarro, de Ecos de Sociedad. Nunca pierde la ocasión de enterarse antes que nadie de los novísimos cotilleos que circulan por Madrid. Desde hace unos meses le visita casi a diario saboreando de antemano el placer de conocer en exclusiva las últimas noticias de la farándula. Sin embargo, el reportero solo le proporciona pequeñas dosis que, aunque de momento consiguen calmar sus ansias de conocimiento, enseguida suscitan la necesidad de saber más. Las preguntas de Elena no se hacen esperar. El reportero contesta con vaguedades acrecentando la curiosidad de la joven que vuelve a la carga inquiriendo más y más.

—Venga, desembucha, seguro que sabes más.

—¿A ti te lo voy a contar?

—Pues, ¿a quién si no? Te juro que no se lo digo a nadie.

—Que no, que me revientas la exclusiva

—Seré buena. Te traeré el café antes que a nadie...

—¿Y churros además?

—Lo que mi amo quiera —sugiere la secretaria con gesto suplicante y algo coqueto mientras se sienta en la mesa y se inclina hacia él insinuante.

—Tampoco te pases.

El juego se desata. Ella atacando el fuerte y él defendiendo sus secretos de gacetillero bien informado. Todo acaba en risas acompañadas.

—Pues bien poco me has dicho.

—Si es que no sé más. Te lo juro —Y acto seguido se lleva los dedos en cruz a los labios.

—Eres un mentiroso. Siempre te guardas ases en la manga. A mí no me engañas, que yo sé bien que lo que te gusta es que esté aquí dándote coba —argumenta Elena mientras aparenta mohines de enfado—. Pues ya me he cansado, que te den morcilla.

—Vaya humos nos gastamos. Anda, acércate —La joven ya estaba en la puerta escenificando una espantada de formas muy verosímiles, como si fuera la Xirgú en plena representación vespertina. Sin embargo da media vuelta y camina como hipnotizada por la mano de don Leandro que hace gestos para que se acerque, muy cerca, entre tú y yo, que nadie se entere, porque lo que te voy a contar es alto secreto.

—Ya será menos —desconfía Elena que conoce la cicatería del reportero en materia de información. Incluso cuando anuncia a bombo y platillo algún comentario sabroso, por lo general desemboca en vaguedades enfatizadas por sus “si yo te contara” o “si tú supieras”.

Elena sonríe satisfecha, no tanto por la información conseguida, sino porque se siente ganadora en este juego dialéctico que mantiene con el jefe de Ecos de Sociedad. En el fondo, los comadreo le dan igual, nunca ha sido partidaria de meterse en la vida de los demás y si la actriz tal o cual se enamora o se desenamora le trae al paio, pero disfruta haciendo rabiar a este hombre, sacarle de sus casillas, ponerle al borde del precipicio y que sienta el vértigo de perder información como quien dejara escapar una parte de un tesoro bien guardado y cuya pérdida le fuera debilitando, despojándole de su poder. Sostiene el señor Navarro que la información es poder y él no está dispuesto a dilapidarlo, de manera que en la Sección Ecos de Sociedad las noticias se presentan con grandes aparatos introductorios para finalmente dejar entre los lectores, en realidad casi siempre lectoras, un poso de insatisfacción, pero sabiendo que ha inoculado en ellas el virus de la expectación.

—Eres incorregible. Como diría mi madre, vale más lo que unos prometen que lo que otros dan. Y eso te pasa a ti —dice Elena, moviendo el dedo índice en un gesto admonitorio de regañina maternal—. Pero tienes un gran talento para vender la luna.

—Tú sí que tienes talento, chiquilla —le contesta con un guiño de ojo—. Anda, ven, siéntate a mi vera y me vas dando informes. ¿Cuántas llamadas ha habido hoy?

Desde hace unos días Elena se ha convertido en la Mata Hari del periódico al servicio de don Leandro, que lleva al detalle la crónica de los amores apasionados entre el director y una vedette de las que hacen bulto en el espectáculo de Celia Gámez. Últimamente hay nubarrones en el horizonte y el señor Uriarte intenta espantarlos a golpe de teléfono y palabras tiernas que profiere sin ningún pudor, incluso cuando la secretaria está sentada a su mesa.

—El muy cretino debe pensar que no le oigo con el ruido de la máquina de escribir.

—Mejor así. La principal cualidad de un espía es su capacidad de hacerse invisible.

—Pues a mí me fastidia que sea tan poco considerado con su secretaria—se queja Elena—. Por muy director que sea no tiene por qué babearse en mi presencia, que va inundar la oficina el muy gilipollas.

Estas palabras que ponen fin a un incipiente enfado de la chica hacen que ambos estallen en una carcajada interminable.

—A ver si nos van a oír —dice el cotilla mercenario cuando consigue dejar de reír.

Elena, con lágrimas en los ojos, hace ademán de marcharse, pero la risa le brota de nuevo, todavía más caudalosa e irresistible ahogando una frase que, entrecortada, pugna por encontrar el camino de una mínima serenidad, pero es imposible. Se retuerce, golpea el brazo del reportero, agita las manos en el aire hasta que por fin consigue calmarse.

—El caso es que lo que quería decir... —de nuevo le sobreviene la carcajada agitando otra vez su cuerpo dolorido, contracturado. Es entonces cuando de pronto se acuerda de esas historias de torturas chinas en las que las víctimas eran sometidas a lo que pudieran parece inofensivas cosquillas en la planta de los pies.

—No te esfuerces, querida. Cómo se nota que no hace mucho aún estabas en la edad del pavo.

—Que no es eso —se excusa Elena, ya completamente serena—. Lo que quiero decir es que los jefes ignoran a sus subordinados, lo que viene a ser una forma de humillación. ¿No estás de acuerdo? Es como esas películas en las que la pareja de ricachones no tienen ningún reparo en mostrar sus miserias delante del mayordomo que, ante barbaridades de gran calibre, permanece estático, como si se hubiera tragado un palo, inalterable, lo mismo que los muebles, los candelabros o los incontables cuadros que adornan las estancias.

—Te veo muy combativa hoy, cariño.

—Debe ser porque acabo de conocer a Carmen de Burgos.

—¡Ah! Eso lo explica todo. Menuda mujer, no se cuentan muchas como ella en todo Madrid

—Hay que ver cuánta actividad. No sé cómo ha podido escribir tanto —se maravilla Elena.

—Dicen las malas lenguas que tenía un ejército de “negros” que escribían para ella —argumenta el cronista del corazón.

—Esa mala lengua tiene nombre y apellidos. Es Rafael Cansinos Assens en *La novela de un literato*.

—Te veo muy bien informada.

—En absoluto. Yo no soy una cotilla profesional —se excusa la joven—. Y no miro a nadie.

—¡Touché!

—Este y otros chismes sobre Carmen son *vox populi*. Ya sabes que en este país las mujeres, y especialmente si destacan, son el blanco preferido de los sediciosos y calumniadores.

—Puede que tengas razón. Además, la pobre Carmen ha sufrido tanto... Imagino que a estas alturas ya lo habrá superado, pero lo que pasó fue terrible. En ese momento no me hubiera gustado estar en su piel.

—Ni lo estarás —dijo Elena con sorna. El señor Navarro es un cincuentón soltero y sin compromiso y también sobre él sobrevuelan las malas lenguas con chismes de todo tipo. Después añadió—: Algo he oído. Fue ese escándalo con el señoritingo Ramón Gómez de la Serna. Menudo cabrón.

—¡Deslenguada! Si te oyera tu madre...

—Bueno, entonces diré menudo sinvergüenza, ¿así está mejor?

—¿En qué colegio te educaron a ti? Seguro que en una escuela laica de esas de masones —dijo impostando la voz en un verosímil remedo de cura tonante lanzando imprecaciones desde un púlpito.

—Pues no te equivocas. Mi padre siempre ha cojeado de ese pie —se defendió con un tono de orgullo ofendido mal disimulado—. Pero vamos a dejar de hablar de mí y cuéntame lo de Carmen. Fue su hija ¿Verdad?

El gacetillero cerró los ojos y asintió dolorosamente con la cabeza como si sintiera en carne propia la tragedia de la gran Carmen a la que tanto admiraba. Tomó aire cual nadador que se va a lanzar a una inmersión kilométrica y comenzó a hablar.

—Ya sabes que Carmen se casó muy joven, muy enamorada, es cierto, pero aquello no salió bien. Su vida de casada fue un desastre. Los niños que se morían al poco de nacer, su marido tan poco atento. Cada vez más alejado. Después nació María, la única hija que sobrevivió. Imagínate qué no haría ella para cuidarla, protegerla, carne de su carne. El caso es que se crió como una niña consentida. Siempre acostumbrada a boquita qué quieres. Ya ves, no tenía competencia. Es lo que tiene ser hija única.

—Bueno, yo también soy hija única y no soy una niña mimada —objetó Elena.

—Permíteme discrepar, señorita sabelotodo —se burló don Leandro—. El caso es que Carmen malcrió a su hija, especialmente cuando se divorció de su marido. Fue un trabajo muy duro tener que criar a una hija sin un padre, pero ella era capaz de echarse cualquier empresa a la espalda. Siempre me la he imaginado como un Atlas cargando con el mundo, pero con más gracia y salero, sin esa cara de esforzada resignación, como si la carga no pesara. Ya sabes cómo se empeñó en sacarse el título de maestra y lo hizo y además consiguió una plaza. Salió de su pequeño pueblo almeriense. Rompió amarras y se vino a Madrid. Comenzó a escribir en la prensa, de cualquier tema, no había nada que se le resistiera. Siempre tuvo una desenvoltura a prueba de zancadillas.

—Que habría y muchas, especialmente por ser mujer —reconoció Elena—. La mayoría de los hombres no aceptan a las mujeres que intentan disputarles “su territorio”. Sin embargo, Carmen consiguió fama y prestigio como escritora. Se ganó el respeto de sus propios colegas que definitivamente no verían en ella únicamente un envoltorio de atributos femeninos, que los había y muy bien puestos, sino a la escritora, la periodista, la corresponsal de guerra, la fundadora de movimientos sociales.

—A sus cuarenta años se encontraba en la plenitud de su carrera — siguió don Leandro—. Fue entonces cuando se enamoró del bueno de Ramón Gómez de la Serna al que superaba en veinte años. Aunque ya era una mujer madura todavía conservaba sus encantos juveniles. Todo el mundo dice que aparentaba menos edad y además ella era tan coqueta, constantemente se quitaba años, no siempre los mismos, unas veces dos, otras tres, cinco fue el máximo. En Madrid nunca vivieron juntos, solían guardar las apariencias, pero él compró una casa en Estoril y fue allí donde dieron rienda suelta a sus amores asimétricos. Me refiero a la edad solamente, porque en todo lo demás parecían almas gemelas. Ramón admiraba en Carmen su entrega a cualquier causa que emprendía, especialmente a la literatura, una entrega sin ambages que le llevaba a la extenuación. Ramón fue igual en su juventud: un escritor al margen de concesiones, entregado al arte de la palabra. Nunca llegaron a casarse, ni siquiera cuando Carmen enviudó y desaparecieron los obstáculos para una unión legal, pero ella no quiso, tal vez debido a la mala experiencia de su primer matrimonio o porque, fiel a sus convicciones, defendía también en el terreno personal la libertad más estricta, la ausencia de ataduras.

—Debió de ser muy feliz en aquella época, sintiéndose querida y halagada por el amor de un hombre joven. Sin embargo tengo entendido que también hubo sombras entre tanta luz

—Como en todas las parejas y más en este caso de edades tan dispares. Sin embargo, se complementaban de una manera asombrosa a pesar de sus diferencias. Ambos amaban el arte con una entrega absoluta. Vivían para la expresión artística en sus múltiples manifestaciones. Ramón ya era un genio vanguardista lo que, sin duda, deslumbraría a Carmen, no así su físico, pues el escritor era bajito y regordete y bastante machista, por cierto.

—Mucho debía de quererle Carmen para tragar con algo así, especialmente cuando llevas toda la vida luchando por la igualdad —objetó Elena intentando ponerse en el lugar de la escritora sin conseguirlo. Su juventud no admitía componendas ni medias tintas y, por supuesto, difícilmente toleraba las contradicciones que la vida le sacaba al paso amenazando su pensamiento radical—. Yo jamás aguantaría a un tío machista.

—No te pongas a prueba, mi querida niña, nadie sabe de lo que se puede llegar a hacer por amor. Carmen le amaba, pero sobre todo le admiraba, y ambos sentimientos mezclados suelen destilar un cóctel peligroso que emborracha y no deja ver la realidad. Ella se entregó sin condiciones. Además, a esas alturas, cuando se conocieron, Carmen era famosa y él estaba empezando. Le abrió las puertas de la editorial Sempere donde publicaba Blasco Ibáñez. Le presentó a gente importante, le introdujo en los principales círculos literarios. Él y sus amigos de la bohemia asistían al Salón de *Colombine*, ¿recuerdas? Era el seudónimo con el que ella firmaba sus artículos. Allí se reunía lo más granado de la intelectualidad madrileña.

—No creo que hubiera muchas mujeres que organizaran esos saraos con artistas y escritores —calculó Elena con gran acierto—. Carmen era un bicho raro. En lugar de asistir a la novena como todas las señoras, se reunía con hombres para hablar de literatura o de política. Una auténtica subversiva.

—Una mujer moderna, de su tiempo —añadió don Leandro—. La que no era de su tiempo era la sociedad española que todavía permanecía en el Medievo.

—Y Ramón, ¿nunca cuestionó la vida de Carmen? —preguntó Elena.

—No solo eso, sino que se amoldó perfectamente a sus gustos y aficiones. A Carmen le gustaba mucho viajar, en cambio él era más bien sedentario. Ella consiguió que le acompañara en sus viajes. Cuando descubrieron Estoril, les gustó tanto que allí se quedaron. Ya te he dicho que él compró una casa. Por aquella época dinero no le faltaba. Había heredado de su padre y además le había tocado un buen pellizco en la lotería. ¿Qué más se puede pedir? Vivían felices, aunque a Ramón le asaltaban los celos, injustificados siempre. La moralidad de Carmen era intachable. Siempre se confesó mujer de un solo hombre.

—No podía decir lo mismo su amante —objetó Elena—. Es verdad que habían pasado veinte años, que la convivencia desgasta, que Carmen ya alcanzaba los sesenta. Todo lo que tú quieras, pero no hay nada que justifique semejante traición.

—Figúrate —asintió don Leandro bajando ligeramente el volumen de su voz y acercando su rostro al de la joven en un gesto de complicidad que reforzaba la confidencialidad de sus comentarios—. Carmen quedó destrozada al enterarse de la noticia. Nada menos que su amante liado con su propia hija.

—Menudo folletín —se asombra Elena—. Claro que la niñita tenía lo suyo. Llevaba una interesante carrera.

—A los dieciocho años tuvo su primer “tropiezo” en Buenos Aires con un señor que podía ser su abuelo, un viejo verde que la engatusó con promesas de empresario teatral. Ya sabes que desde pequeña quiso ser actriz. Nunca llegó a gran cosa sobre la escena pero en lo tocante a líos amorosos dio bastante que hablar. Años después se casó con un actor apellidado Mancha, creo recordar, pero también aquello salió mal.

El director de Ecos de Sociedad se detiene por un instante. Entorna los ojos y echa la cabeza hacia atrás como si de esta manera pudiera recordar mejor.

—Todo se precipitó cuando Ramón escribió una obra de teatro. Siempre se había resistido a este género. No le gustaba el mundo de la farándula y a Carmen tampoco. Pero le convencieron y entonces escribió *Los medios seres*, lo cual suponía publicar sin censura. Ya sabes, las obras de teatro pasan mejor el filtro. Aunque ella, María, había intentado seducir a Ramón tiempo atrás, este se había resistido. María insistió mucho para que le dieran un papel en la obra. Ramón intercedió por ella y al final lo consiguió. Después vinieron los ensayos, la proximidad, ella que siempre fue una coqueta y que, no hay por qué negarlo, a sus 34 años estaba de muy buen ver, el resultado te lo puedes imaginar. Pobre Carmen cuando se enterara, estaría al borde del colapso.

—Debió de ser un golpe muy duro. Ella que siempre había dicho que su hija era su mejor creación —suspiró Elena—. Lo leí en una entrevista. Estaba tan orgullosa de su niña, a pesar de no haber motivos para ello, pero una madre siempre es una madre, al menos eso dicen, yo no lo digo por experiencia.

—Al parecer ahora ya la ha perdonado y da la impresión de que Carmen ha pasado página. Lo tiene superado.

—Ojalá.

De pronto se hace el silencio. Los pensamientos de ambos sobrevuelan el despacho, completamente herméticos, como si estuvieran metidos en cápsulas que les impidieran expandirse en forma de palabras. De repente Elena sale de su ensoñación y se da cuenta de lo tarde que es. Debe volver al trabajo antes de que su jefe regrese de su reunión con el señor de la crema para las almorranas y la eche en falta. Seguramente habrá alguna carta que dictar, algún documento que archivar, algún mandado clasificado urgente según el arbitrario orden de prioridades que el señor Uriarte otorga a las tareas. Se despide con un gesto de la mano y un beso lanzado al aire. El cronista se lo devuelve añadiendo una inclinación de cabeza.

—Hasta la vista Elena, no tardes en aparecer por aquí.

De vuelta a su puesto cual cenicienta acuciada por la proximidad de la hora en que las carrozas se convierten en calabazas, la secretaria se inclina sobre la máquina de escribir. Sus dedos gravitan sobre el teclado buscando las letras para percutir algún muy señor mío que encabece la intrincada parrafada que vendrá después, salpicada de anacolutos, idas y venidas y vueltas a empezar. Tiemblan los cimientos del género epistolar con estas variaciones vanguardistas sobre una especialidad tan clásica.

La llegada de su jefe la sorprende en plena concentración, muy aplicada sobre la máquina, la espalda completamente erguida, los ojos fijos en el borrador de la carta, jamás en el teclado que conoce de memoria, como mandan los cánones de la perfecta mecanógrafa, las piernas juntas, los codos pegados al cuerpo. Con su chaqueta de cuello a la caja y la falda recta por debajo de la rodilla, zapatos de medio tacón y su media melena cortada a lo garçon, compone una imagen tan nítida que por sí sola se podría transportar en trazos de tinta gruesa a la publicidad de las máquinas Underwood. Así lo hubiera decidido Ernesto Núñez, el dibujante, si hubiera tenido la fortuna de contemplarla en ese momento, con esa luz de mediodía que todo lo resuelve en una combinación de luces y sombras, en este caso de blancos y negros sin transiciones, muy al gusto del dibujante que aspira a la máxima estilización, a la esencia, a la reducción elemental de los elementos.

A pesar del feliz estatismo de algunas escenas que se prolongan en la retina con la ilusoria sensación de un tiempo detenido, la vida discurre dinámica y en *El Heraldo* incluso frenética. Las noticias que no cesan. El primer aniversario de la proclamación de la República ha dejado algunos reportajes interesantes, como el que rememora un episodio curioso que sucedió en el palacio de comunicaciones, ahora hace un año, cuando un anónimo empleado se subió al tejado para izar la bandera republicana. La fotografía de la hazaña con el hombre justo en el momento de colocarla en el mástil ilustra el relato y añade tintes épicos a las ya de por sí ardorosas palabras del periodista.

En la cartelera de eventos proliferan los actos conmemorativos. Elena los ha ojeado y le ha llamado la atención una conferencia que se celebra en el Lyceum Club. La entrada es gratis hasta completar el aforo, reza la convocatoria. Inmediatamente decide asistir, de manera que sale al pasillo con el periódico de la mano para pedir detalles sobre el evento a la señorita Salas que se encarga de dicha sección. Casi no ha terminado de girar el picaporte cuando de pronto la ve subiendo por la escalera que asciende desde la gran sala de máquinas hasta la pasarela a la que se asoman las oficinas y los despachos. Desde el extremo del pasillo es apenas un esbozo de sí misma moviéndose torpemente, impulsando lentamente en cada peldaño la gran masa que es su cuerpo. Carmen de Burgos alcanza la plataforma al borde de la extenuación. Agarrada fuertemente al pasamano, intenta recuperar el resuello aspirando a grandes bocanadas el aire.

Elena se acerca presurosa hasta ella y le ofrece su brazo. La escritora lo acepta a regañadientes, muy fatigada tiene que estar para que se apoye y admita de esta forma que el tiempo le está ganando la partida, que también su cuerpo acusa los estragos inevitables. Aunque ella nunca habla del tema, lo cierto es que su salud se resiente a pasos agigantados. Carmen ya no es la que era. Está cayendo en picado y algunos añadirán desde que pasó lo que pasó. Sin embargo aparenta buen ánimo. Una vez recuperada mira a Elena y se le ilumina la cara.

—¡Cuánto me alegra verte! Precisamente es a ti a quien quería encontrar.

—Pues aquí me tiene. Yo también estoy encantada de volver a verla, doña Carmen — responde Elena un poco ceremoniosa, cohibida todavía ante la grandeza del personaje.

—Apéame el tratamiento. Háblame de tú, al fin y al cabo no soy tan mayor —dice Carmen entre burlona y coqueta—. Quiero proponerte algo.

A Elena no le salen las palabras. Simplemente se queda expectante, un tanto confundida.

—Verás —comienza la escritora—. Esta tarde hay un acto muy importante en el Lyceum Club. Quiero que vayas allí y que no pierdas detalle. Abre los ojos y los oídos, no dejes que nada se te escape. Después escribe un artículo. Estoy segura de que sabrás hacerlo. Mi intuición nunca se equivoca.

—Pero doña Carmen... —balbucea la joven—, si solo soy la secretaria, a lo más que llevo es a corregir un poco las cartas del director.

—No te andes con remilgos, seguro que te vas a desenvolver muy bien. Sé que tienes coraje, se ve de lejos, lo demás vendrá por añadidura. Además, nadie nace enseñado, siempre hay una primera vez para todo. Así que al toro, que es una mona...

A pesar del símil taurino Elena no sabe qué decir. Por un lado está encantada de recibir semejante encargo, pero por otro siente pánico, así que no se decide. Sin embargo el rostro cargado de entusiasmo de la escritora no admite negativa alguna.

—Entonces mañana a las diecinueve treinta te presentas allí con el fotógrafo. Ya me encargo yo de los permisos —concluyó Carmen taxativa. No había vuelta de hoja.

EL LYCEUM CLUB

La tarde caía sobre Madrid proyectando largas sombras en las avenidas. Parecían edificios duplicados que posaran sus negras siluetas sobre las paredes de enfrente. Elena Sánchez Luján camina apresurada entre la muchedumbre sorteando puestos callejeros, transeúntes que en pequeños grupos se detienen a charlar, parejas que avanzan lentamente, el dependiente de la sombrerería echando el cierre al negocio con estrépito de cerrojos y cortinas metálicas. Temía no llegar a la hora prevista a pesar de haber salido de su casa con lo que ella consideró tiempo de sobra, pero la ciudad se mueve con la parsimonia de un diplodocus, completamente ajena a su prisa, de manera que su paso se ralentiza continuamente especialmente en los cruces donde se amontona la gente a la espera de que pasen los coches, también éstos con lentitud exasperante, algunos como si desfilaran, atiborrados de ocupantes que hacen sonar la bocina con toques sostenidos de alegre fanfarria al tiempo que agitan banderas como un año atrás, cuando festejaron ruidosamente la proclamación de la República.

La respiración cada vez más agitada, el paso un poco más rápido ahora que puede, ahora que por fin ha superado el embotellamiento de la Gran Vía y avanza por calles despejadas. Sus tacones golpean firmemente el pavimento apresurando el ritmo de su zancada, casi ya convertida en trote ligero que hace volver la vista a varios transeúntes. A lo lejos ya divisa un grupo de mujeres. Calcula que serán algunas de las asistentes al acto que se han detenido a saludar antes de entrar en el salón del Lyceum. Aminora un poco la marcha, no quiere llegar hecha unos zorros, con el trabajo que le llevó componerse, intentando aparentar una elegancia casual de las que caen repentinamente sobre una sin buscarla, de forma improvisada y sin embargo siempre acertada, lo cual fue bien difícil habida cuenta de la escasez de su vestuario y la necesidad de no llamar demasiado la atención. A medida que se va acercando, su corazón se encoje, el coraje la abandona y se le pasa por la cabeza girar sobre sus talones y volverse a su casa. Pero ya es imposible. El fotógrafo le hace señas desde la entrada para que se apresure. Elena agita la mano y corre hacia él cuando comienza a notar que las medias supuestamente indesmayables, como prometía el anuncio publicitario, se van arrugando a la altura de los tobillos.

—Venga, guapa, que nos dan las uvas.

—No seas caga prisas —le espeta Elena visiblemente enfadada. El fotógrafo se queda sorprendido pues no le conoce el genio, pero se tendrá que ir acostumbrando. No será la última vez que trabajen juntos.

El salón presenta un aspecto deslumbrante. Algún cursi dirá que se nota la mano femenina en la organización del evento y será que solo se ha fijado en la decoración floral. Efectivamente, elegantes jarrones rebosantes de rosas rojas flanquean el escenario. En el centro simplemente hay un atril detrás del cual en breve aparecerá primero la presidenta del Lyceum, María de Maeztu, y después la invitada, esta tarde Clara Campoamor, cuyo nombre está en boca de todos. Todavía resuenan los ecos de sus encendidos debates en las Cortes solicitando el voto de las mujeres y su enfrentamiento dialéctico con Victoria Kent, tan cacareado en la prensa. En aquellos días fueron la comidilla de muchos tabloides que siguieron pormenorizadamente el desarrollo de las sesiones parlamentarias, algunos incluso acompañaban la noticia de caricaturas que dejaban a las damas no muy bien paradas. Las mentes españolas no estaban preparadas para tanta novedad, y realmente lo era ver a dos mujeres expresando sus ideas en un lugar de sacrosanta masculinidad.

El público acude lentamente. El aforo se va completando. Desde su inmejorable posición de periodista acreditada, Elena observa la llegada de algunas señoras. Muchos de estos rostros le resultan familiares, alguno incluso logra identificar con nombre y apellidos. Son las modernas de Madrid, la vanguardia femenina en plena conquista de espacios. En ese momento entra María Lejárraga, más conocida como María Martínez Sierra. Casi toda su obra literaria la ha publicado con el apellido de su marido e incluso, se dice, que la mayoría de las obras de su esposo en realidad son suyas. En este Lyceum club tiene el honor de dirigir la sección de literatura. Llega acompañada de una joven muy solícita que prácticamente va apartando a todo el mundo a base de discretos empujones para acomodar a María en una buena localidad. Poco después aparece Maruja Mallo, la pintora vanguardista, también ella nimbada de modernidad.

Junto a Elena se ha sentado una mujer alta y elegante. Su cara le suena pero no es capaz de identificarla. Se fija en su vestido estampado de corte camisero ceñido a la cintura y sus bonitos zapatos de dos colores anudados en el empeine, de tacón ligeramente más alto que los que usan las demás. Sobre la cabeza un casquete muy chic apenas deja escapar unos mechones ondulados. Nada más sentarse se vuelve hacia Elena y la saluda con una amable inclinación de cabeza. Su rostro perfectamente maquillado esconde la edad con gran acierto, sin embargo, su sonrisa delatora deja entrever algunas arrugas alrededor de los ojos, demasiado evidentes. No se diría que ha entrado en la madurez, pero tampoco está muy lejos de ella, tal vez la alcance dentro de poco a pesar de su tenacidad coqueta y de ese estilo juvenil que le resta años y levanta puentes sobre el tiempo. A Elena le sorprende lo inusual de su atuendo, hubiera dicho que es extranjera. Lo cierto es que no lo es, pero su aire cosmopolita no cuenta con demasiadas réplicas en esta España mojígata. Es difícil encontrar incluso entre estas modernas madrileñas un estilo tan desenfadado. El suyo, Elena muy pronto lo sabrá, no hay que buscarlo allende las fronteras, simplemente procede del norte, de las playas de Santander, y ha llegado hasta este páramo con remembranzas de veranos al borde del mar, de brisas marinas que ondulan las telas livianas, de baños de olas, de casetas rayadas, de arena dorada.

El acto está a punto de dar comienzo. Por una puerta lateral asoma la presidenta, María de Maeztu que, antes de salir, pasea por un instante sobre la sala una mirada visiblemente complaciente. No es para menos: el auditorium está completo, incluso algunos rezagados pueblan los pasillos laterales. Nadie quiere perderse la conferencia de la Campoamor, mujer que no deja indiferente a nadie, tampoco a sus enemigos políticos que han aprendido a temerla como la temen sus propios correligionarios. Clara es mujer que no se casa con nadie como se ha podido comprobar en el transcurso de los debates parlamentarios, bien lo saben los de su propio partido a los que ella ha dejado en evidencia con el asunto del sufragio femenino. Resulta que las fuerzas progresistas se achican cuando llega la hora de la verdad y hasta estaban dispuestos a dejar a las mujeres sin derecho al voto esgrimiendo argumentos perversos, que si falta de cultura política, que si demasiada sacristía y exceso de confesionario. Clara está por encima de estrategias fútiles, de compromisos coyunturales en las antecámaras de los despachos, de trampolines políticos para impulsar carreras deslumbrantes. Algunos jamás se lo perdonarán. Ella lo sabe y aun así no deja de sembrar guijarros en su camino para que sus pies sufran la penitencia de lo que ella reconoce como su pecado original: el voto femenino. Sin embargo, en esta tarde de aniversario nadie espera escuchar un discurso radical. Las circunstancias festivas suavizarán el tono de sus palabras, con todo y eso, alguna perla saldrá de su boca, algún dardo envenenado de fabricación casera, extraído de la ponzoña que corre por sus propias venas.

Apenas María de Maeztu llega al atril situado en el centro del escenario una ráfaga de aplausos le dan la bienvenida. Elena deja el cuaderno sobre su falda y también rompe a aplaudir. Es entonces cuando la hermosa dama que está a su lado observa la credencial de El Heraldo:

—¿Trabajas para El Heraldo? —se interesa la desconocida.

—Sí —contesta inmediatamente. De pronto le resulta absolutamente lejano su puesto de secretaria y aunque su interlocutora no ha preguntado en qué trabaja, da por sentado que ha acudido al acto en calidad de periodista—. Es mi primer reportaje.

Las palabras le han salido con orgullo como si de repente hubiera olvidado la preocupación que le oprimía el pecho cuando caminaba hacia el Lyceum y en su lugar se hubiera asentado una confianza desconocida. Fue tan segura su respuesta que apenas sí reconoció en ella a la muchacha temerosa que era apenas cinco minutos antes.

—Mi nombre es Consuelo —se presentó apresuradamente girándose y tendiéndole la mano.

—Encantada —respondió la periodista advenediza—. Yo soy Elena.

—¡Ah! Ya veo, Elena Sánchez Luján —repitió leyendo el encabezamiento de la credencial—. Supongo que ya habrás conocido a *Colombine*.

—Claro. Últimamente no aparece mucho por la redacción, pero sí he tenido el gusto de conocerla. Es una mujer extraordinaria —se aventuró a decir Elena sintiendo de pronto que tal vez avanzaba sobre terreno pantanoso. No sabía dónde se estaba metiendo, aun así calibró que teniendo en cuenta el lugar en el que se encontraban no sería demasiado arriesgado alabar a Carmen de Burgos. Probablemente sus palabras caían sobre suelo bien abonado.

—Desde luego que lo es —asintió Consuelo.

La conversación fue interrumpida cuando en el escenario apareció la invitada. Clara Campoamor agradece las palabras de presentación, después saluda al público que de pronto se ha sumergido en un espeso silencio. La mujer que hoy les habla parece la misma de hace un año cuando todo se vislumbraba posible con la proclamación de la República, pero algunos cambios casi imperceptibles se han ido asentando en su rostro para añadirle un tiempo que no está en el calendario sino en el cansancio y en las decepciones. Lleva como de costumbre el pelo recogido en un moño bajo demasiado austero y su vestido de corte amplio, un poco pasado de moda, contribuye a reforzar su aspecto anodino. Sin embargo, cuando comienza a hablar, su tono vehemente y enfático alumbra un discurso que tiene la capacidad de hipnotizar al respetable. Elena abre su cuaderno y escribe apresuradamente, pero, a penas cree poder disponer de una tregua, una nueva idea deslumbrante sale de la boca de la diputada que la recién recibida de periodista no puede dejar de anotar. Sus ojos van de la hoja al escenario, de las palabras sonoras a su remedo escrito, mucho más insignificante, le parece a Elena, como si en tan breve trayecto perdieran todo su poder y su magnetismo porque son palabras para ser gritadas con voz tonante de diosa enfurecida o de oráculo que pronostica un futuro aciago, Casandra portadora de horribles nuevas. Y es que por esas fechas Clara ya ha despertado del hipnotismo protector que trajo consigo la República y se ha revelado en su ánimo una amarga decepción que irá en aumento.

Sin embargo, este sentimiento que no es demasiado evidente, que tan solo se manifiesta en alguna que otra vaga referencia de su discurso, llega con nitidez al cuaderno de Elena que ha captado entre líneas ese estado de ánimo en la diputada. Se diría que ella también tiene dotes de adivinación, pero en realidad no es así, tan solo posee una capacidad bastante notable para la apreciación intuitiva de los comportamientos ajenos, de manera que sin estudios de psicología ni nada parecido consigue hacerse una idea inmediata acerca de los demás, a menudo acertada pero lejos de la infalibilidad, ella lo sabe, y tal vez precisamente por eso no enuncia juicios temerarios. En este caso no se equivoca, detecta en los gestos de la Campoamor una honda preocupación que ella misma se encarga de disipar con su voz potente, con sus manos que cortan el aire con rotundidad intentando transmitir confianza. Al fin y al cabo es una brillante abogada con una carrera política exitosa, está en su mejor momento y eso hay que aprovecharlo, no puede dejarse llevar por el desánimo.

El acto se acerca a su fin, así lo sugiere el tono del discurso que suena a conclusión, por eso las palabras se elevan, las frases se cargan de rotundidad y de transcendencia. Los asistentes permanecen expectantes, suspendidos en la cuerda floja que, como hilo de Ariadna, ha tejido Clara con el final de su disertación, un hilo que se extiende por la sala hilvanando todos los pensamientos y arrastrándolos hacia el aplauso final que suena convencido. No es solo un aplaudir de cortesía, los “bravo” proferidos desde distintos ángulos así lo confirman, y además está la duración del homenaje y parte del público puesto en pie. Desde el escenario Clara sonrío e inclina la cabeza en señal de agradecimiento. La presidenta del Lyceum se acerca y también agradece a todos su presencia. Gracias, gracias, ustedes, con su calurosa presencia, han hecho que esta noche sea inolvidable. Palabras de despedida que al día siguiente aparecerán en la reseña que del acto publicarán algunos periódicos. El Heraldo también las incluirá porque Elena las ha apuntado diligentemente, pero además añadirá muchas otras ideas que ha ido anotando y algunas más que se le irán ocurriendo mientras redacte el artículo que Carmen de Burgos le encomendó. No será el último que la joven secretaria, convertida en enviada especial para eventos culturales, escriba para el periódico, a pesar de que sigue en nómina como mecanógrafa y sus incursiones periodísticas, por el momento, quedan en un limbo laboral indefinido pero muy provechoso para el director. Es precisamente por esta razón por la que no ha puesto ninguna objeción a que trabaje como reportera, al fin y al cabo no descuida sus otras tareas y proporciona al diario interesantes artículos de factura entusiasta y estilo directo que conectan muy bien con el público.

La reseña que de la conferencia de Clara Campoamor ha escrito todavía transmite algún rasgo dubitativo de debutante que, sin embargo, compensa con un fervor rotundo y una adhesión sin contemplaciones a los valores republicanos. Sus palabras han conseguido dar en la diana. La mayoría de los lectores buscan plumas agitadoras que les reafirmen en sus convicciones y les hagan exclamar ¡qué razón tiene!, de manera que Elena no se reprime a la hora de dar rienda suelta al entusiasmo con el que ha quedado bautizada después de escuchar las palabras de Clara. El día festivo en el aniversario de la República, los asistentes enardecidos por una exaltación común de las que invitan a reconocerse en el prójimo y, sobre todo, las luces de Madrid, toda la ciudad resplandeciente con lo que los periódicos llamaron “iluminación artística”. Nunca antes se había visto nada igual, la calle de Alcalá convertida en Vía Láctea cuajada de puntos luminosos, la torre art déco del Círculo de Bellas Artes refulgente como los edificios de Broadway, la Cibeles más diosa que nunca envuelta en un brillo sideral. Elena camina del brazo del fotógrafo de vuelta a casa, transportada en su mente y en su cuerpo a una ciudad renacida, tan distinta al Madrid que conoce pero a la vez profundamente suya, hecha expresamente a la medida de su exaltación. Mientras avanzan por la avenida numerosos transeúntes les saludan con vivas a la República como un año atrás, los automovilistas haciendo sonar las bocinas de los coches, una réplica perfecta, un efecto de *déjà vu* que de pronto les sume en una cierta perplejidad. Ambos se miran acuciados por una misma inquietud que se ha colado entre tanta alegría.

—Hay algo que nos acecha, ¿no es cierto?

—No van a permitir que este sueño perdure.

Es la primera desazón surgida de la primera clarividencia. Con el tiempo aparecerán muchas más pistas sobre el futuro en forma de grandes titulares con agresivas letras negras de mal augurio y un persistente ruido de sables, una amenaza constante desde los cuarteles, también desde los púlpitos de las iglesias o desde los cenáculos donde los señoritos se lanzan al juego de la conspiración mirando hacia Alemania, que por esas fechas está consiguiendo que lo viejo parezca nuevo como el ave fénix que resurge de sus cenizas, pero en este caso son rescoldos de las hogueras que ellos mismo encienden.

En la primavera de 1932 no faltan los motivos para la preocupación, pero en cualquier caso hay que seguir adelante. Elena, que es joven y se cree con derecho a cambiar el mundo, no va a perder la oportunidad de vivir intensamente el momento, de manera que con una sacudida de su melena disipa los malos presagios y se aferra al presente, para ella la única situación temporal posible, sin pasado que merezca la pena recordar ni futuro que aniquile con coartadas de responsabilidad su liviana despreocupación. Está satisfecha: su artículo sobre la conferencia de Clara Campoamor, blanco sobre negro, ligeramente amputado para que quepa entre el anuncio de los polvos *Risler*, norteamericanos, los que usan las artistas de Hollywood, su piel resplandecerá, y la reseña del rotundo éxito de *Las Leandras* en el teatro Español. Lo lee y lo relee. No aparece su firma lo cual le procura una ligera decepción, pero nada que dure mucho tiempo, justo lo que tarda en salir del despacho del director y pasear triunfal por toda la redacción esperando alguna felicitación.

La primera le llega del Jefe de Ecos de Sociedad que está al tanto de este primer trabajo periodístico encargado por Carmen de Burgos. Menuda madrina que te has buscado, le había dicho asombrado. Elena no se molesta en desmentir el comentario. No ha sido ella quien ha buscado a la escritora, sino al contrario. Se podría decir que ha sido elegida por los dioses, que la encomienda le ha llegado caída del cielo por obra y gracia de una mirada sincera e inteligente de la discípula que la maestra supo advertir a tiempo o de un palpito inexplicable que Carmen convirtió en apuesta aventurada: a sus años se puede permitir eso y más, ha dado demasiado a la vida como para que no pueda tomarse alguna licencia descabellada.

Cuando sale al pasillo se encuentra con Juan, el fotógrafo. Todavía no ha tenido tiempo de ver el artículo con su fotografía, pero tampoco le causa gran impresión, lleva diez años en este negocio y está de vuelta de todo. Sin embargo, se alegra por ella, la secretaria ascendida en el escalafón del honor ya que no de la nómina. Todavía se acuerda de cuando le acompañó por las calles de Madrid el pasado 14 de abril, imposible olvidarse de quien estuvo a su lado en un día tan importante, una tímida Elena convertida un año después en una mujer distinta.

Mientras el fotógrafo se dirige al laboratorio, ella le observa desaparecer escaleras abajo. Abrazada al ejemplar de El Heraldito sigue su camino. A dos pasos de allí está el despacho de Ernesto Núñez, el dibujante. Un primer impulso le empuja a tocar con los nudillos sobre la puerta, pero justo un instante antes de que sus dedos rocen el cristal se detiene, duda, lo que en un principio le parecía un acto natural de pronto se le antoja una intromisión inaceptable. ¡Qué derecho tiene ella a interrumpir el trabajo del artista! Total, para enseñarle un artículo sin firma, una nadería. Vaya con los escrúpulos repentinos. A qué viene tanto reparo cuando antes entraba sin llamar, espontánea y confiada, sabiendo que iba a ser bien recibida invariablemente, incluso si ahuyentaba a las musas que aquel día habían tardado en llegar hasta la mesa del dibujante, nunca le importó, ya volverían, y se colaba entre risas.

A pesar de todo acaba por llamar, pero en lugar de entrar inmediatamente espera a que la voz de Ernesto llegue hasta sus oídos con un neutro “adelante”. Levanta la vista del trabajo y la ve sonriente con el ejemplar nuevecito, recién salido de la imprenta, todavía desprendiendo un cierto olor a tintas frescas, y no hace falta que diga más. Se levanta para felicitarla contagiado de la misma alegría. La estrecha entre sus brazos en un gesto que pudiera parecer demasiado invasivo pero no lo es, más bien parece un saludo efusivo entre colegas, que ya lo eran, pero ahora un poco más porque les une la búsqueda de la creatividad. Elena se siente halagada. En un momento y gracias al recibimiento del dibujante se ha sentido elevada a una categoría superior, como si hubiera sido aceptada en un club muy selecto hecho a la medida de sus respectivas personalidades, tan exclusivo y minoritario que solo caben ellos dos.

Ella le acerca el periódico abierto por la página de su artículo. No espera que lo lea en ese momento. No soportaría tener que observar el hermoso rostro del dibujante descomponiéndose a la vista de tanta necesidad, de manera que inmediatamente retira el ejemplar cohibida por un repentino ataque de pudor.

—Bueno, ya tendrás tiempo de leerlo —consigue pronunciar atajando la expresión de contrariedad que ya se vislumbra en la cara del dibujante.

—Como quieras. Aunque te advierto que soy un crítico implacable —contesta Ernesto con una sonrisa socarrona.

—¡Uh! ¡Qué miedo! —exclama Elena sentándose en el borde de la mesa, recuperada ya la confianza en sí misma. Así lo manifiestan los movimientos de su cuerpo, los giros de su cabeza, el vuelo de sus pestañas, los fruncimientos de su boca, sus manos retirando de la cara algún mechón rebelde y obstinado, mucho más cómoda que antes, olvidada la actitud recelosa que casi la empuja a salir corriendo al verse indefensa y transparente, expuestos sus pensamientos al juicio del otro, de ahí esa torpeza repentina, el no saber qué decir porque las ideas se atropellan en la mente, pero eso pasó. Ha bastado una escueta broma para aligerar el peso de la incertidumbre que suele ser el peor de los estados del espíritu, cuando el no saber a qué atenerse nos vuelve susceptibles de ser arrollados por un tropel de hipótesis a cual más negativa. Por lo tanto, una vez superada la primera inquietud se disipan los temores y se restablece la plácida relación que los mantiene en la esfera de la amistad. Sin embargo, Elena sabe que algo ha cambiado, que se ha introducido un filo entre tanta redonda placidez, que ya nunca más volverá a observarle desde la puerta con la ternura casi maternal con la que miraba al muchacho indefenso, demasiado soñador para este mundo de lobos hambrientos.

Cuando salga del despacho se acumularán en su mente los detalles de la breve entrevista, hasta los más insignificantes, y se sucederán los planos como si de una película de cine negro se tratase, en la que todo es enjundioso, nada puede quedar al azar, cualquier pormenor contribuye poderosamente al desarrollo de la trama y en ellos buscará Elena algún indicio en el que pueda ver reafirmados sus sentimientos a los que de momento no pondrá nombre, se resistirá durante algún tiempo a clasificar lo que siente, pero, por otro lado, seguirá alimentándolos con hechos objetivos y también con suposiciones, que todo sirve a las cuitas amorosas, aunque no es ella quien llega a esta conclusión, somos nosotros que nos valemos de nuestra osadía para meternos donde no nos llaman y poner nombre a lo que la muchacha no quiere nombrar.

En un momento en que la conversación languidece y Elena cae en la cuenta de que ha descuidado su trabajo se dispone a despedirse. Se encoge de hombros y con las manos apoyadas sobre la mesa se impulsa grácilmente para ponerse en marcha. Sin embargo el dibujante parece haber recordado algo repentinamente. Antes de que se vaya le ha propuesto ir a ver una película el sábado por la tarde, nada semejante a lo que proyectan en las salas de la Gran Vía, una sesión de cine artístico, eso suena muy bien, algo diferente, una película de René Claire que lleva por título *Un viaje imaginario*. Elena acepta inmediatamente, ni siquiera se plantea que le pueda gustar o no este tipo de cine, la perspectiva de pasar una tarde con él compensa cualquier inconveniente, pero además Ernesto la anima, le dibuja con trazos entusiastas un panorama maravilloso, una película de vanguardia, nada que ver con el cine que viene de América o con el que se hace aquí de castañuelas y pandereta, esto es otra cosa, espectáculo para gente inteligente de los que te inducen a pensar. Ella asiente con la cabeza haciendo acopio de toda la seriedad de la que es capaz, pero finalmente se le escapa una risa hilarante con la que acostumbra a profanar hasta lo más sagrado. A Ernesto le encanta esa faceta liviana de su personalidad, que consigue aligerar cualquier situación por incómoda que resulte, y en este caso no le ha importado en absoluto que la risa socarrona de Elena pusiera fin a un discurso que incluso a él le estaba empezando a resultar pretencioso.

—En fin, ha tenido muy buena crítica. Además lo organiza la Asociación de Alumnos de Bellas Artes y un servidor algo ha tenido que ver en todo esto —expone el dibujante visiblemente orgulloso.

—Estaré encantada de acompañarte —contesta Elena con una sonrisa que envuelve todo un arsenal de promesas, tan cálida que derrite el hielo de la despedida.

La secretaria vuelve a su trabajo. Le esperan las interminables misivas apiladas sobre la mesa que su diligencia de experta mecanógrafa reducirá en un santiamén a la nada. Mientras teclean sus dedos su mente vagará muy lejos de allí conjurando la presencia del joven dibujante convertido ya sin ambages en el único objeto de sus deseos, ajena a todo lo que no contenga su nombre, que pronuncia en silencio con un movimiento de labios apenas perceptible. Algún error más que de ordinario se cuele en su trabajo normalmente impecable, pero es tan difícil mantener la concentración.

Los días sucesivos hasta el sábado se vuelven pesados como piedras graníticas que jamás pudiera desgastar el tiempo. El trabajo se hace tedioso. A su alrededor todo se ha vuelto vulgar e insignificante pero ella lo prefiere así porque de esta manera la realidad preserva el ideal que se mantiene puro, exento de cualquier atisbo de contaminación que los acontecimientos cotidianos pudieran introducir en sus imágenes mentales perfectas. Así es el amor cuando se presenta arrollador, todo egoísmo, capaz de arrasar lo que encuentra a su paso de manera que lo que antes parecía necesario ahora queda arrumbado como los juguetes de quien acaba de dejar la infancia y se dispone a romper amarras con el pasado.

Pero la vida sigue, aunque a Elena le parezca detenida. Se empeña en establecer una tregua que dure hasta el sábado siguiente en la que nada debe moverse, pero muy a su pesar los acontecimientos le salen al paso insolentes, demasiado determinantes para dejarlos pasar. Desde la sección de Eventos y Espectáculos le llega un nuevo encargo urgente. Se les ha caído un artículo en el último momento por lo que se han visto obligados a rellenar con algo de última hora. Alguien ha susurrado el nombre de Elena, incipiente periodista que no va a tener el valor de negarse y así será si quiere labrarse un porvenir en el periódico. No es el mejor momento para dar un impulso a su carrera, hubiera preferido quedarse en casa abrigando su amor que, como si fuera un recién nacido, necesita de todos sus mimos y cuidados, pero esa misma tarde se debe presentar en el Ateneo para cubrir la noticia de una conferencia, esta vez correrá a cargo de Matilde Muñoz, una mujer a la que no conoce. En la reseña del acto figura como miembro de la Liga para la Educación.

Elena atraviesa la plaza Jacinto Benavente y poco después gira a la derecha en dirección a la calle del Prado. Mientras camina de prisa hundiéndose sus tacones en los adoquines, manteniéndose sin embargo en el equilibrio difícil pero seguro de quien acostumbra a recorrer las calles a pie, pocas veces sube a un tranvía o coge el metro porque le gusta caminar, sumergirse en el bullicio de las calles de Madrid siempre abarrotadas de gente tan variopinta. No tarda en llegar ante las puertas de El Ateneo. En la entrada descubre un grupo de mujeres que charlan animadamente. Entre ellas adivina la presencia de Consuelo Soler, la hermosa mujer que conoció el día del Lyceum Club. No se atreve a llamar su atención pues la conversación parece tan animada que teme interrumpir algo importante, pero es Consuelo la que se fija en ella y la llama por su nombre. Elena siente el halago de ser recordada después de un encuentro tan breve. Además, la bella mujer sale del grupo y se dirige a ella con un saludo efusivo. Se deja seducir por su trato afable, la conversación banal la envuelve sin posibilidad de avanzar un solo paso. Sin embargo, cuando el grupo se mueve, las dos mujeres sin dejar el hilo de la plática también se desplazan y se introducen en el edificio. Consuelo, que conoce sus vericuetos a la perfección, la conduce por pasillos alfombrados hasta el salón principal, donde tendrá lugar la conferencia. De camino saluda a diestro y siniestro, unas veces agitando la mano, otras con un leve movimiento de cabeza, otras lanza al vuelo alguna pregunta amable de las que no requieren respuesta. Se mueve como pez en el agua, su desenvoltura tiene mucho que ver con su natural prestancia pero también con gestos aprendidos de quien está acostumbrada a componérselas en estos ambientes. Las dos mujeres se dirigen hacia la primera fila donde han vislumbrado dos asientos libres. Poco a poco las voces se convierten en murmullos y estos también se extinguen para dejar sitio a un silencio expectante.

Elena se recuesta sobre el respaldo de su asiento poco interesada en las palabras de la conferenciante. Será difícil sacar de su cabeza atribulada alguna idea con la que llenar el artículo encomendado, le cuesta seguir el hilo del discurso, los argumentos expuestos huyen de su entendimiento que claramente funciona en otras direcciones. De vez en cuando mira de reojo a Consuelo y no pocas veces se topa también con su mirada. Ambas se sonríen y hacen algún comentario sobre cualquier nimio detalle, la iluminación de la sala, el calor que se viene apoderando de Madrid, lugares comunes que sin embargo tienen la virtud de mantener la conexión entre ellas. Elena se siente cada vez más interesada por la mujer que tiene a su lado, apenas la conoce pero su poder de atracción la envuelve de un modo irresistible. Mientras juguetea con el lapicero intentando encontrar algo que escribir en su cuaderno de notas la observa disimuladamente. Hoy viste un traje sastre muy elegante confeccionado en un *crêpe* de seda verde botella que se adapta a su delgado cuerpo con total sumisión, como si lo hubieran cosido con ella dentro, a tanto llega la simbiosis del tejido con su anatomía. Y es que Elena, de un solo vistazo, es capaz de analizar hasta en sus más mínimos detalles la indumentaria femenina o masculina. Puede dictaminar de forma concluyente el tipo de tejido con que está hecha cualquier prenda de vestir, así como definir el estilo de la confección como si fuera una experta en alta costura. De algo le han servido las innumerables tardes en los almacenes Casals, propiedad de su familia, donde sus ojos de niña se acostumbraron al ir y venir de los rollos de telas. Le gustaba observar cómo su padre los desplegaba con agilidad, haciéndolos girar para que el tejido se desenrollara, entonces la tela cubría la mesa y las clientas podían admirar en todo su esplendor las cualidades magníficas que el señor Sánchez había cantado previamente. Así fue como aprendió esos nombres tan sugerentes que había que pronunciar con acento francés para que surtiera el efecto mundano que tanto le costó conseguir a su padre, castellano de pura cepa, familiarizado únicamente en su juventud con los recios paños de Béjar. Sin embargo, el joven Aurelio Sánchez se fue un buen día a Madrid y entró a trabajar en los almacenes Casals de la calle Atocha, establecimiento de gran novedad por aquella época, que ofrecía un género variopinto que iba desde las telas más sofisticadas importadas de París hasta los percales más populares, los primeros para una exigua minoría pudiente, los segundos para todos los demás, la masa proletaria que no por su riqueza sino más bien por su número sostenía este y otros muchos establecimientos de Madrid. Con el tiempo el padre de Elena se hizo con las riendas del negocio, fue durante mucho tiempo la mano derecha y todo el cerebro del señor Casals. Cuando se jubiló, le traspasó el negocio por un montante ajustado a sus posibilidades y don Aurelio pasó a ser el nuevo propietario. Esto sucedió cuando Elena era muy pequeña, apenas tenía cuatro años, corría el año 1911, y no fue consciente del cambio que tanto benefició a su familia. Poco después se mudaron a un piso mucho más amplio en un edificio de la calle de la Alameda.

La conferencia llega a su fin y apenas ha escrito nada. El tiempo se le ha ido en divagaciones variadas hilvanadas por un hilo extraviado que finalmente ha acabado en el punto de partida: el rostro de Ernesto Núñez. Entre aplausos encuentra de nuevo la mirada de Consuelo, resplandeciente como siempre o tal vez un poco más, hay en ella un brillo diferente, tal vez el preludio de algo importante. Acerca su cara a la de Elena, un olor a perfume de violetas que antes no había percibido se instala entre ellas, el ala de su sombrero le roza la frente cuando se inclina para susurrarle al oído.

—La semana que viene hay un acto importante al que no puedes faltar. No será preciso que lleves tu cuaderno de notas. Serás nuestra invitada.

Tras estas palabras le desliza un sobre alargado con un membrete que jamás ha visto antes. Su nombre aparece en el centro del papel escrito con una caligrafía primorosa. Antes de que pueda decir nada, Consuelo, que hace señas a alguien que está al otro lado de la sala, se aleja agitando la mano en señal de adiós.

—No puedes faltar —le grita cuando ya está a cierta distancia.

Cuando Elena sale de su pasmo y se dispone a responder, ya Consuelo está lejos, casi ha alcanzado la salida. Sus ojos se vuelven al sobre. Antes de abrirlo intenta descifrar los dibujos entrelazados del membrete, lo que le había parecido una a mayúscula es en realidad un compás abierto hacia abajo y una escuadra colocada en dirección contraria. Entonces ha terminado por comprender.

IV

EL EXPEDIENTE

—Se trataba de una logia ¿no es verdad? —son las primeras palabras del comisario cuando por fin la tiene delante. Apenas la ha mirado desde que entró, tampoco durante el trayecto en coche que les ha llevado desde la casa hasta la comisaría, él sentado en el asiento de delante junto al chófer y ella detrás, escoltada por dos números de la guardia civil. Algunas miradas furtivas a través del espejo retrovisor consiguen saciar su curiosidad. Ha pasado el tiempo pero todavía reconoce a la Elena que conoce desde siempre, a la que ha visto crecer de forma casi metódica constatando los cambios que en ella se operaban a intervalos regulares marcados por el calendario vacacional, cambios que a otros pasaban desapercibidos pero no a él que la observaba a conciencia, desde la distancia, sin que se diera cuenta, pero nadie como Paquito para saber cuántos centímetros había crecido o si su pelo se había vuelto más liso o sus ojos más oscuros.

Salen del coche y los escasos metros que hay hasta la comisaría los atraviesan deprisa con el comisario a la cabeza marcando el paso ligero, no quiere que la detención se convierta en un espectáculo, aunque ya algunos transeúntes se han parado a averiguar la identidad de la detenida a la que ven entrar custodiada por los dos guardias, demasiado pegados a ella para pensar que se trata de una visita de cortesía. Una vez dentro del edificio, el comisario hace un gesto a Elena para que se siente en un banco del pasillo junto a otras dos mujeres que también esperan a ser interrogadas. Don Francisco desaparece tras una puerta donde se puede leer “Sección Político Social” sin decir una palabra. Estos hombres acostumbrados a mandar hacen un uso mínimo del lenguaje y en su lugar se sirven de indicaciones gestuales que todo el mundo a su alrededor debe entender, incluso los que se topan con un poderoso por primera vez conocen su voluntad de inmediato, y es que el poder, cuando procede de una autoridad sólida y bien asentada, no tiene necesidad de explicaciones. O si no que se lo digan a todo este personal, tanto civil como militar, y a los propios detenidos, todos ellos se mueven como si estuvieran activados por el engranaje de un inmenso reloj que un señor bajito y de voz aflautada puso en marcha hace algunos años, de vez en cuando hay que darle cuerda y engrasar la maquinaria, pero por lo demás funciona a la perfección una vez que cada pieza ha asumido cuál es el lugar que le corresponde.

A Elena ahora le corresponde esperar, no sabe a ciencia cierta para qué, pero la espera ya forma parte de la función que ella desempeña en este escenario. Pasados unos minutos comienza a sentir el frío que se cuele en esta sala que en realidad es un pasillo oscuro, amueblado tan solo con algunos bancos adosados a la pared, iluminado por una bombilla y por la escasa luz natural que entra a través de los vanos situados encima de las puertas. Hay un reloj en la pared de enfrente, grande y sonoro como los de las estaciones de tren en los que la aguja de los minutos avanza a trompicones, cada cierto tiempo un salto casi olímpico la sitúa en la marca siguiente y allí se queda hasta que vuelve a dar una zancada que cubre otro tramo. Los ojos de Elena lo saben bien, no se han perdido ni uno solo de los desplazamientos del minuterero al que mira fijamente intentando no pensar en nada que no sea el movimiento del reloj, espera y nada más que espera, autónoma, cargada de sentido por sí misma, desprovista de objetivos que la justifiquen.

De vez en cuando alguna puerta se abre, funcionarios vestidos de uniforme y aire de suficiencia atraviesan el pasillo con alguna carpeta debajo del brazo. Hasta la posición que ocupa Elena llega el repiqueteo de alguna máquina de escribir, lento y arrítmico, dedos inexpertos tecleando, sentencia la que fue secretaria y algo sabe al respecto. Sus compañeros de banco han ido desapareciendo, tragados por la boca hambrienta de cualquier despacho que los engulle y nunca más vuelven a aparecer. Al cabo de mucho tiempo repara en ese detalle, ¿adónde irán? Prefiere no lanzarse por la pendiente de las conjeturas, podrían alterar la espera perfecta, la de quien en realidad no espera nada porque todo cuanto le concierne está en este pasillo y esas agujas del reloj ferroviario, seguras y predecibles.

De repente oye su nombre. La primera vez le parece que las palabras proceden de algún lugar inalcanzable al que jamás podrá llegar por mucho que se esfuerce, por esta razón no hace ningún intento de movimiento. La segunda, el tono de voz de quien lo pronuncia suena tan enfadado que ya lo asocia con su presente y es entonces cuando reacciona. En los últimos tiempos las voces enojadas y los imperativos categóricos se han convertido en la forma más frecuente de comunicación humana y por eso su cuerpo solo se mueve como si fuera un resorte ante este tipo de llamadas. Se pone en pie y se dirige hacia la única puerta que está abierta. Dentro encuentra al comisario envuelto en una bruma parecida a la que se divisa a través de la ventana pero de origen muy distinto. Elena entra sin decir una palabra, no está la ocasión para saludos. Llama su atención el cenicero rebosante de colillas y un cigarro todavía humeante descansando sobre el filo del recipiente. Escucha el sonido de la puerta que se cierra violentamente a su espalda. Permanece de pie, de nuevo a la espera de alguna orden, pero el comisario no levanta la vista de sus papeles, parece que algún documento requiere en ese momento toda su atención, pero no es así, simplemente finge, escenifica un acto de dominación. Considera que es fundamental para su trabajo que los detenidos se hagan una idea clara de que su situación depende absolutamente de él, intenta sentar las bases desde el principio de una completa sumisión a su autoridad que comienza por esta consabida inmovilidad del acusado frente a la puerta. Elena, convertida en estatua, aguarda alguna señal, finalmente la vislumbra entre una espiral de humo, la mano izquierda de don Francisco indicándole la silla donde debe sentarse.

—¿Era una logia? —pregunta sin levantar la vista del papel.

Enfrente, Elena no responde. La pregunta le llega tan lejana como si la formulara alguien al otro lado de la pared, totalmente incomprensible, fuera de lugar.

—El local de la reunión, ¿no es cierto? —insiste con una voz cargada de impaciencia, pero de nuevo se topa con el silencio y la mirada vacía de Elena. Sus ojos oscuros y opacos parecen abandonados por todo indicio de vida y aun así se clavan en él con una brutal insistencia que interpreta como un desafío a su persona.

—¡Contesta, maldita zorra! —. El comisario ya no puede disimular su furia, que se va a estrellar contra el rostro impasible que tiene enfrente, de nuevo esas pupilas secas, casi minerales que tanto le inquietan. No soporta la impermeabilidad de su mirada, se le escapa el sentido de esta falta de reacción, especialmente la ausencia de miedo, ni siquiera una leve preocupación a la que pueda agarrarse para hacerle hablar.

El comisario intenta serenarse. Baja la vista hacia los papeles que, desparramados, cubren la mesa, da otra calada al cigarrillo, levanta la vista y otra vez el silencio. Se levanta impulsado por una ira incontrolada que le induce a abofetearla, pero se detiene a escasos centímetros de su cara, la mano levantada absurdamente, a medio camino del golpe que finalmente él mismo ha frustrado. Es Elena la que tiene delante, la sobrina de los señores Sánchez Luján, a los que conoce de toda la vida. Menudo disgusto se llevarían sus tíos si la vieran llena de moratones, bastante han sufrido ya, primero hacerse cargo de ella cuando vino deportada de Francia y ahora este nuevo sobresalto, pero qué iban a hacer los señores, si hasta a un perro se le da cobijo cuando llueve. Además, el comisario sabe que se han buscado buenas agarraderas, que alguien de arriba ha conseguido que eludiera la cárcel. Quién es él para enmendarle la plana a los altos mandos, la jerarquía ante todo, de lo contrario todo sería caos y desorden.

—Puedes seguir empeñada en guardar silencio —prosiguió el comisario una vez recuperada la calma—, pero te conviene colaborar. Se te acusa de un delito de pertenencia a la masonería. El asunto es feo. Hasta ahora te has ido librando, tus tíos han revuelto Roma con Santiago para que así fuera. Probablemente habías pensado que ya estaba todo resuelto, que ya no tenías cuentas pendientes con la justicia, que con los hilos que había movido tu tío era suficiente, pero no. Ahora vuelta a empezar.

Francisco se siente ahora más seguro. Piensa que sus palabras veladamente amenazadoras han sido suficientes para poner las cosas en su sitio, de un lado de la mesa la superioridad de quien tiene el poder de controlar la situación, del otro el miedo encarnado en una mujer débil y asustada, pero no es así, rotundamente no, tal vez porque el temor asalta a las personas que aún tienen esperanza y ella la perdió hace tiempo. Sí que ha pensado en el dolor físico porque aunque su ánimo lo desmiente, desgraciadamente su cuerpo aún conserva la capacidad de sentir. Sin embargo, es una preocupación lejana, algo que también pasará cuando llegue el momento, no hay mal que cien años dure.

—Te explicaré como está tu caso —continuó el comisario mientras se recostaba en su sillón y colocaba ambas manos en los reposabrazos, primero abiertas y después cerrándose lentamente sobre el borde de madera—. Aquí está todo bien clarito. No hace falta que digas nada. Puedes continuar con tu pose de estatua. No sé quién te habrá aconsejado cerrar el pico, pero no te va a ser de gran ayuda. Aquí —golpeó repetidas veces con el dedo índice sobre una carpeta de color rojo desvaído al tiempo que volvía a fijar su mirada sobre Elena— lo saben todo de tus andanzas.

Esperó un momento antes de continuar. En presencia de los detenidos siempre acostumbraba a realizar pausas teatrales, le parecía que los silencios, cuando eran oportunos, realzaban el significado de las palabras y contribuían a acrecentar la incomodidad de los acusados.

—El Tribunal número 2 para la Represión de la Masonería y el Comunismo ha abierto una causa contra tu persona. Seguramente algún chivatazo, estas cosas pasan cuando andas con determinadas personas —de nuevo una pausa para espiar la reacción de Elena al saberse objeto de alguna delación, pero ella no se inmuta, conoce de sobra las estrategias que utilizan en los interrogatorios—. Han encontrado indicios de delito contra ti. Tu nombre aparece en varios documentos masónicos del Servicio de Información de Salamanca y los han enviado a Madrid, al tribunal que instruye tu causa. Al parecer el juez ha pedido que se investigue más a fondo y por eso estás aquí.

—No tengo nada que decir —fueron las primeras palabras de Elena desde que entró en el despacho.

—Ni falta que hace. En realidad aquí —volvió a señalar el expediente— está todo. Tu nombre aparece entre los papeles incautados a una logia de Granada con la que solías mantener una intensa correspondencia, además en los Boletines del Gran Oriente Español también estás fichada.

El comisario se puso las gafas para descifrar la intrincada letra del informe solo después de haberlo intentado sin ellas y haber fracasado.

—Fuiste iniciada en la logia *Reivindicación* de Madrid que dependía del Gran Oriente Español. Era una logia femenina, aquí la llaman logia de Adopción, curioso nombre. Allí fue donde te llevó tu amiga Consuelo, ¿no es así? Fue ella la que te introdujo en ese mundo.

Una ligera sonrisa apenas imperceptible se ha dibujado en el rostro de Elena cuando ha oído ese nombre tan querido. No hace mucho que se dijeron adiós en París, pero le parece que ha pasado un siglo. Todo estaba tan cuidadosamente guardado en la memoria, a salvo de profanaciones. No puede creer que el hombre que tiene delante esté leyendo con total desafección palabras que un día significaron tanto para ella.

—No hace falta que contestes. Probablemente tu amiga estará ahora mismo siendo investigada por los mismos delitos.

—Yo no he cometido ningún delito —dijo Elena en un tono neutro como si hablara para sí misma.

—¡Ay Elenita, en qué mundo vives! —exclamó el comisario asaltado por una repentina carcajada—. No sé si te haces la tonta o de verdad lo eres. Cierto que llevas poco tiempo en España, pero el suficiente para saber que las cosas han cambiado mucho. Los tuyos perdieron la guerra, espabila muchacha y apechuga con la verdad. Todas aquellas locuras de juventud os van a pasar factura o ¿acaso pensabas que pertenecer a una organización secreta no iba a tener consecuencias?

El comisario no espera ninguna respuesta, más bien es una pregunta que él ya se ha contestado muchas veces, de manera que continúa con sus reflexiones.

—¡Ah, la masonería! Ni puta idea de lo que eso significa pero algo muy malo debe ser cuando os han metido en el mismo saco que a los comunistas. Valiente pandilla de cabrones esos hijos de Stalin, así que los masones no les irán a la zaga. Por vuestra culpa España está ahora como está, hecha unos zorros. Pero qué pensabais, que ibais a cambiar el mundo. A ver cuando os enteráis de que aquí no se mueve ni Dios.

El comisario se ha puesto en pie y se pasea de un lado a otro del despacho con las manos a la espalda, un gesto muy marcial para acompañar un discurso que así lo requiere, ponerse firmes y alzar la voz como cuando arengaba a sus soldados desde su posición de sargento recién recibido en los altos de Guadarrama.

—Para tu información te diré que hay una ley —en este punto se inclina para comprobar un documento que está en una esquina de la mesa— de octubre de 1941 donde se dice que la pertenencia a la masonería constituye un delito. En esa misma ley se insta a quien pudiera haber incurrido en este tipo de delito que presente una declaración de retractación. No es este tu caso. En el oficio que han enviado desde el tribunal número 2 se indica expresamente que no has presentado dicha retractación y eso, como te puedes imaginar, complica las cosas.

—No he presentado retractación porque no tengo nada de lo que retractarme. Le vuelvo a decir que no he cometido ningún delito —repitió Elena con bastante aplomo dadas las circunstancias. El comisario en su fuero interno califica esta actitud de pasmosa tranquilidad, una anomalía que le desarma, que vacía su discurso y le deja desguarnecido ante ella, hasta el punto de preguntarse si es una inconsciente, una lela o si alguien le ha aconsejado sacarle de sus casillas con esta estrategia.

—Pues el juez no opina lo mismo y ya te he dicho que hay pruebas suficientes. Esta vez nadie te va a librar de ir a la cárcel. De momento y para que te lo pienses mejor te vas a quedar aquí. Lo siento por tus tíos que estarán preocupados, pero esto no es un juego, Elena. Te lo he advertido. Firma una declaración reconociendo tus errores y allanarás el camino, pero si te empeñas en negar lo evidente, pues allá tú.

Y así podría llegar hasta el infinito la falta de entendimiento entre uno y otro. Elena empeñada en no haber cometido ningún delito porque no cree que asistir a reuniones masónicas ni de ningún otro tipo pueda estar castigado por ningún código penal. Las leyes están hechas para proteger a las personas y no al contrario, con todo lo que costó que España tuviera una democracia de verdad y no esa pantomima de la Restauración y ahora vienen estos bárbaros arrasando todo lo que habían construido con tanto esfuerzo. No. Se niega a considerarse una delincuente. Al revés, los delincuentes son ellos que han robado a las personas decentes hasta la capacidad de decir la verdad y tener que admitir que estaban equivocados, que merecen el castigo, los hierros, la hoguera, al más puro estilo inquisitorial, proclamar la abjuración de los pecados públicamente, reconocer que has obrado mal.

El comisario sabe que la única posibilidad que tiene de que Elena se pliegue a sus deseos es la fuerza o mejor aún, el miedo, la táctica del temor y de la responsabilidad sobre los seres queridos que siempre acaba por provocar un intenso sentimiento de culpabilidad. De momento no utilizará esta estrategia, pero sabe bien que funciona como ningún otro método de presión. No sería la primera vez que amenaza con matar a algún miembro de la familia del acusado si este no confiesa y en no pocas ocasiones ha utilizado la detención de la mujer o la hija para conseguir que algún maquis saliera de su guarida y se presentara en el cuartelillo. El miedo y la culpa, un binomio que siempre funciona. Por eso está convencido de su infalibilidad, de que al final encontrará el talón de Aquiles de Elena y confesará, hasta puede que les largue algún nombre, al fin y al cabo es este el objetivo fundamental de los interrogatorios. Si los detenidos cantan se facilita el trabajo, les ahorran muchas pesquisas, sobre todo a los de los Servicios Documentales que están desbordados subrayando con lápices de color rojo todos los nombres que van apareciendo en los papeles para después copiarlos y clasificarlos en unas cartulinas que almacenan en enormes ficheros que se amontonan hasta el infinito, trabajo titánico donde los haya, así lo considera el comisario, a pesar de la poca estima en la que siempre ha tenido a los chupatintas.

V

DÍAS DE VERANO

Cuando le llegó la orden de busca y captura de Elena Sánchez Luján no le causó ninguna sorpresa. La esperaba tarde o temprano. Siempre sospechó que en Madrid había llevado una vida bastante agitada, no había más que verla cuando aparecía en la calle Duque de Alba acompañada por una mujer algo mayor que ella, las dos en un automóvil de color blanco descapotable. Solía conducir la amiga de Elena cuyo nombre nunca llegó a conocer, jamás le fue presentada, pero ahora sospecha que es esa Consuelo que aparece también en los papeles. La distancia que le separaba de la joven y su mundo era casi abismal, a pesar de que cuando eran niños habían jugado juntos, pocas veces, bien es verdad, solo en contadas ocasiones había conseguido penetrar en el círculo de la pequeña Elena, las contaba con los dedos de una mano pero se habían fijado en sus recuerdos con la tenacidad de la tinta indeleble.

Llegaba el buen tiempo y Paquito barruntaba la inminente llegada de Elena. Era cuando el aire olía a verano, cuando el sol calentaba las augustas piedras y las devolvía a la vida, solo entonces parecían despertar de su sueño medieval y la ciudad se rendía a los árboles frondosos, a la hiedra devoradora, a la fragancia de las rosas en los jardines. Los maestros se despedían, los libros se cerraban, atrás quedaban los cuadernos garrapateados de palabras y números, las pizarras por fin impolutas, los tinteros vacíos. Se abría ante Paquito un tiempo para la libertad, para el vagabundeo ensoñador por las calles empedradas. Los días se dilataban, parecían infinitos como infinitos también eran sus paseos desde su casa emplazada en la cuesta de Santiago hasta la otra punta de la ciudad, subía la empinada calle que decían de Mataburros con la ligereza de una liebre, prácticamente a la carrera, seguía por la plaza de Santa Ana y enfilaba ya más despacio la calle del Dos de Mayo junto al jardín del Recreo, entonces doblaba a la izquierda para vislumbrar desde la esquina la casa de los tíos de Elena. Así todos los días con la esperanza de verla llegar o de comprobar que ya estaba allí toda la familia con sus bártulos vacacionales, se imaginaba, desordenados por toda la casa y la niña de ojos grandes y negros deambulando por todas las habitaciones, rozando con sus deditos los muebles, comprobando que las fruslerías de tía Remedios que tanta gracia le hacían seguían en su sitio.

La espera se le hacía interminable a pesar de las muchas ocupaciones que tenía encomendadas. Sus escasos diez años no son un obstáculo para ayudar a su madre. La mujer se había quedado viuda al poco de nacer Paquito sin ningún apoyo económico, con una mano delante y otra detrás, como se suele decir y, menos mal que solo tiene un hijo que además es muy bueno, ninguna queja tiene de él que va a donde le mandes, servicial con todo el mundo, de mucho le vale su carácter obediente porque ya ha empezado a ganarse la vida gracias a la diligencia y el celo que pone siempre en todos los encargos. Si todo va bien el año que viene entrará como aprendiz en el taller mecánico del señor Martín que arregla un poco de todo, pero lo que a él más le gusta son los coches que ve entrar en el garaje, bien es verdad que no con mucha frecuencia porque esta ciudad de blasones desgastados parece impermeable al progreso, pero cuando aparece alguno, los ojos de Paquito están siempre allí para verlo, para maravillarse con las flamantes carrocerías, los motores rugientes, las insignias de cada marca que él conoce al dedillo. Algún día manejará uno de esos aparatos, se sentará al volante y paseará por las calles tortuosas, muy despacio para que todo el mundo pueda verle. Fe en el futuro no le falta. Tiene algo de futurista este Paquito a pesar de que jamás ha oído hablar ni una palabra de semejante movimiento pictórico, y es que los grandes acontecimientos del mundo se suelen quedar a las puertas de las murallas. Esta ciudad fortificada sigue blindada contra el tiempo, para bien o para mal ha quedado encapsulada en el pasado y sus habitantes atrapados en un sueño medieval.

Solo Elena rompe cada verano esa ensoñación, de manera que con su sola presencia destruye el encantamiento que sufren sus habitantes y de pronto el estatismo se convierte en movimiento y todo parece rejuvenecer. A partir del día en que llega la niña, Paquito se transforma y siente que todo a su alrededor se vuelve pequeño e insignificante. Elena es capaz de ensanchar los estrechos márgenes y que la ciudad se impregne del aire metropolitano, que Madrid entre a borbotones y se esparza como simiente nueva por donde ella camina. Cuando Paquito la observa se admira de que sea parecida a las demás pero a la vez tan distinta y se pregunta qué será eso que la diferencia, que la convierte en algo raro, precioso y cargado de novedad. A su lado las otras niñas parecen daguerrotipos decimonónicos que acaban de abandonar alguna triste alacena para salir a jugar. Ella, en cambio, lo inunda todo de color con sus vestidos de telas ligeras, sus sombreros de paja con lazo de guipur que su tía se empeña en que se ponga para evitar que parezca una campesina, pero al final siempre salen volando, incapaces de seguir la velocidad de sus carreras, los saltos entre las piedras del acueducto que va hasta la Fuente del Botón, punto final de sus correrías infantiles, más allá nunca se han atrevido a ir y además lo tienen prohibido. El niño las observa reunidas en torno a los caños, las ve introducir la cabeza bajo los chorros y cómo sus coletas salpican miríadas de gotas cuando corren persiguiéndose, rozándose con la yema de los dedos, tú la quedas, y de nuevo vuelta a empezar, salir huyendo, hacer regates, subirse al pretil de la fuente, saltar otra vez cuando se creen a salvo para incitar a la perseguidora, como si fuera un toro desorientado que no sabe dónde atacar.

Así pasaba Elena el mes de julio, en completa libertad, sin más horarios que los que imponían las voces destempladas de su tía llamándola para comer, maravillándose con los secretos que iba descubriendo conducida por sus compañeras de juegos que poco a poco le iban mostrando los rinches del barrio. Cada año sus correrías les llevaban más lejos y a medida que cubrían un espacio mayor iban descubriendo las peculiaridades de la ciudad, las tapias de los conventos por donde asomaban las ramas de los árboles con sus frutos todavía verdes, pero engordando de día en día bajo su atenta mirada que los acechaba con esperanzadora codicia, las casas señoriales abandonadas que escondían insospechadas posibilidades, las mansiones historicistas de galerías acristaladas cuyos oscuros jardines exponían su espesura por encima de las verjas. Así es la de la señora Nebreda, un raro espécimen arquitectónico, de ladrillo rojo estilo mudéjar y una torre en la esquina como mascarón de proa que refuerza su excentricidad y desconcierta a los vecinos con esas raras reminiscencias foráneas que jamás consiguieron ubicar.

Más de una vez Paquito las vio traspasar la verja en busca de hojas de morera para alimentar un gusano de seda que Elena cuidaba con toda la devoción que una niña asombrada por los fenómenos naturales puede dedicar sin menoscabo de su ajetreada vida callejera. Otras veces, en cambio, la veía salir de la mano de su tía camino de la iglesia de las Adoratrices, de San Pedro o, a veces incluso, dirección San Vicente, un poco más lejos, algún domingo en que la señora Remedios tenía alguna cuenta pendiente con aquel santo para ella especialmente generoso en la concesión de favores. Elena acompañaba a su tía muy a pesar de las ideas anticlericales de su padre quien, de todas maneras, nunca llegó a prohibir las lecciones de religión que la pequeña recibía continuamente durante las vacaciones. Las palabras de la señora Remedios hablando de vírgenes y santos despertaron a la edad de diez años la curiosidad de Elena y, a diferencia de otras niñas que acudían a la iglesia colmadas de aburrimiento, ella disfrutaba con las melodramáticas hagiografías que su tía le contaba con toda clase de detalles, sin omitir los aspectos más escabrosos y, sentada dócilmente en el banco, aprovechaba la misa para escudriñar la iconografía religiosa. A Elena le gustaba especialmente San Pedro, al que identificaba por el manojito de llaves que llevaba en la mano. Le encantaba la estatua de la catedral, un santo muy solemne en posición sedente y con las rodillas desgastadas de tanta devoción porque los fieles tenían la costumbre de pasar la mano por la superficie pétrea mientras le dirigían plegarias que invariablemente iban aparejadas de peticiones, algunas usuales otras, en cambio, bastante peregrinas. También Elena se había sumado a la extensa cohorte de pedigüeños y, aunque no tuviera demasiada fe en los resultados, cerraba los ojos para alcanzar una mejor concentración, apretaba las manitas bien unidas y pedía deseos de todo tipo, desde los más generales como que el santo procurara acabar con la pobreza en el mundo, pasando por los relacionados con catástrofes varias que leía en el periódico, hasta cuestiones domésticas muy particulares pero que a ella le preocupaban en alto grado, como que su tía le dispensara de comer acelgas.

Por supuesto que Paquito, por mucho que la espiara, nunca logró penetrar en los arcanos de las preocupaciones metafísicas de Elena, pero especuló lo increíble con todo cuanto pudiera tener algo que ver con ella, ya fueran sus pensamientos, sus inquietudes, sus deseos, sus caprichos o, simplemente, su insólita cualidad de permanecer siempre impoluta y perfumada como si la intensa actividad diaria resbalara por su persona y su indumentaria, sin ningún tipo de menoscabo, sin apenas rozarla. Bien es verdad que de ordinario la veía de lejos y la imagen resultante de tanta observación a distancia adolecía de realismo y se internaba en los senderos de la idealización más manierista. Sin embargo, en alguna ocasión acompañó a su madre hasta la casa de la tía Remedios cuando tenía que llevarle algún encargo, por lo general pequeñas tareas de confección o arreglos en vestidos pasados de moda. Entonces, con las manos sudorosas, la cabeza baja y una pesadez de estatua románica que le impedía moverse, Paquito permanecía pegado a su madre en el recibidor de la casa, muy quieto y cariacontecido, respondiendo con monosílabos a las preguntas de la señora de la casa, mirando por el rabillo del ojo a su alrededor, esperando y, a la vez, temiendo ver a Elena. La niña aparecía bruscamente, saludaba muy educadamente a la visita y se quedaba allí mirando al muchacho con cara de preocupación por verle tan atribulado. En una ocasión en que el encargo se demoraba más de la cuenta, la tía Remedios envió a los niños a jugar al patio. Aquel fue un día memorable para Paquito, puede que el más feliz de su vida, a pesar de su torpeza y lo mal que seguía las tramas de los juegos de las niñas. No le sucedió lo mismo a Elena, que cuando subió a casa dictaminó que aquel chico era un pasmarote, soso donde los haya, una auténtica estantigua, palabra que había leído hacía poco y no encontró mejor ocasión para utilizarla.

Los años pasaron, se sucedieron los veranos, el tiempo en que Elena aparecía como las aves migratorias, transportando buenos augurios, ahuyentando el frío y la lluvia. Sin embargo, las estancias en casa de su tía se fueron haciendo más breves. La familia pasaba la mayor parte de las vacaciones en las playas del Norte, huyendo del calor sofocante de Madrid y siguiendo la moda de los baños de mar, ellos que podían, que habían alcanzado una posición desahogada que les permitía pasar una buena temporada en Comillas.

Las ensoñaciones del pasado van y vienen a la mente del comisario, aquellos tiempos en los que la atracción por Elena desembocó en un enamoramiento silencioso, platónico, jamás confesado, pero no por ello menos real, en cambio mucho más pernicioso, como un parásito que se alimenta del propio cuerpo y en contrapartida solo proporciona destrucción y algunas vagas ilusiones, suficientes sin embargo para seguir adelante. En una época Paquito pensó que tal vez algún día él podría ser digno de ella, se marcharía a Madrid, la buscaría por donde fuera, tal vez solo así Elena cambiaría su perspectiva, le contemplaría con ojos diferentes al verlo en su propio ámbito, él convertido en un elemento más del paisaje profundamente urbano, mimetizado con el entorno, uno más entre las gentes que pueblan la gran urbe. Sin embargo, el tiempo pasaba y no se decidía a dar el gran paso. Se excusaba en que el trabajo en el taller mecánico no le daba tregua, además qué iba a hacer él en Madrid, le decía su madre, allí no hay más que problemas, las cosas andan muy revueltas y le mostraba la hoja de un periódico que había servido de envoltorio a un par de medias para arreglar. Entonces Paquito podía ver las muchedumbres de una manifestación abarrotando la Puerta del Sol portando pancartas reivindicativas, los gestos agresivos, el enfado colectivo. Cuando se promulgó la Segunda República sobraron los motivos para replegar filas en la pequeña ciudad felizmente adormecida y olvidarse del sueño capitalino. Por aquella época Elena dejó de acudir puntual a la cita veraniega, sin embargo, Paquito no se olvidó de rondar su calle, de acechar cualquier punto de los itinerarios que ella solía frecuentar.

Adormecidos sus impulsos amorosos a causa de la ausencia, pero sin embargo vivos, esperando tiempos mejores, se topó de pronto con una visión inesperada. Fue un día del mes de julio cuando Elena saltó de un coche nuevo y lujoso que se detuvo junto a las tapias del convento de la Medalla Milagrosa con la insólita aberración de un hombre plantado en la luna. Los ojos de Paquito no podían creer lo que veían, no se trataba del auto, de hecho alguna vez había visto en el taller algún ejemplar similar a este, tan extravagante, sino de la imagen de Elena sacando primero una pierna y luego otra, aprovechando para estirarse las medias y después toda ella fuera, de una altura descomunal, imponente sobre sus tacones, con un vestido ajustado, el pelo suelto y gafas de sol. Parecía una artista de cine. Sonreía constantemente mientras esperaba a que la otra mujer, la que conducía, también saliera del coche, una dama de más edad pero también elegante, delgada, igualmente insólita en su veracidad imposible, dos figuras recortadas de un cartel publicitario y que un artista de vanguardia las hubieran pegado sobre un fondo absurdo y anacrónico.

Nunca Paquito había sentido más grande la lejanía de Elena. Aunque la tenía a cinco metros, al otro lado de la calle, le pareció distante, pero lo más extraño de todo es que apenas había cambiado, era el resultado de una coherente evolución de niña urbana a mujer cosmopolita, poseía la misma incongruencia que tanto le había subyugado años atrás, flor exótica entre matorrales autóctonos. Sin embargo, ahora le avasallaba la inquietud de la distancia insalvable, la muerte de toda esperanza, sus destinos como dos líneas condenadas a no tocarse jamás. Las dos mujeres caminaron hacia la Plaza del Mercado Grande. Los ojos de Elena se pasearon por el entorno, señalando con la mano esto y aquello, la singularidad de este arco, la belleza del rosetón de San Pedro, las esculturas de la portada, los capiteles historiados. Tan enfrascadas estaban en la contemplación de la ciudad que no reparó en la presencia de Paquito, ni siquiera cuando pasó tan cerca que le invadió su perfume. Otro dardo en el corazón, otro éxtasis improductivo de donde solo sale silencio malhumorado. Se acordó de la imagen de Santa Teresa traspasada por numerosas flechas divinas, pero a diferencia de la Santa que de tales padecimientos amorosos brotaron palabras imborrables, a Paquito solo se le venía a la mente una bilis reconcentrada y una sarta de pestes arrabaleras dirigidas contra sí mismo pero también contra Elena.

Y no quedó ahí la cosa. Los paseos turísticos enseñando la vieja ciudad como quien muestra un ser aberrante de feria se hicieron frecuentes. Primero fue con la mujer del discapacitado, en otra ocasión con un grupo de señoras que llegaron en tren y recorrieron la ciudad dirigidas por Elena como guía infatigable. Pero el golpe demoledor fue cuando se presentó acompañada de un joven. A Paquito se le heló la sangre a la puerta de la casa de la tía Remedios donde les vio aparecer cogidos de la mano. Esta vez ella reconoció al niño que un día participó de sus juegos infantiles. Al principio le causó extrañeza. ¿Eres tú, Paquito? No estaba segura. Había pasado tanto tiempo, pero al verlo tan estático, casi petrificado, recordó al hijo de la señora que cogía puntos a las medias, ese niño sin gracia que alguna vez jugó con ella y sus amigas, aunque en realidad más bien estuvo allí estorbando, con la mirada alelada, fija en las evoluciones de la pequeña Elena. Ahora se había convertido en un joven de rostro serio, facciones que le hacían parecer mayor, los ojos demasiado juntos y un poco saltones, la nariz excesiva, labios finos sobre los que se dibujaba un bigotito al estilo falangista, ceño permanentemente fruncido y el pelo peinado hacia atrás, completamente pegado al cráneo, saturado de una mezcla de grasa y fijador tan homogénea que más que pelo parecía un casco.

Superando un ligero temblor de sus finos labios fue capaz de articular un saludo mínimo que no parecía brotar de su boca, ventrílocuo que pudiera emitir sonidos con alguna parte oculta de su cuerpo. Elena le preguntó por su madre, a lo que él respondió con un sucinto “tirando”. La incomodidad se instaló rápidamente entre los tres, de manera que Elena zanjó rápidamente la conversación con una despedida precipitada. Sin embargo, cuando volvió la cabeza aún estaba allí, no se había movido ni un centímetro, seguía plantado en la acera, las tapias del cuartel de la guardia civil como fondo siniestro de su presencia inverosímil.

CEMENTERIO CIVIL

Aún resuenan los ecos de las últimas palabras, los postreros Vivas a la República que han salido de las gargantas trémulas de emoción, la emoción de la despedida, los adioses convertidos en discursos cargados de tristeza y, sin embargo, anhelantes de esperanza, el recuerdo de quien se va prologándose en la mente de quien se queda como la música de algunas canciones que con su lenguaje conmovedor traspasa las fronteras y teje un sentimiento común capaz de poner a todo el mundo de acuerdo. Por un día se han envainado las espadas. Las diferencias políticas, de ordinario a flor de piel, se han batido en retirada ante el paso de la muerte como si su desfile macabro repeliera las aviesas intenciones en un intento de no verse sorprendido y dejar que pase de largo. El temor inspira palabras que vuelan en susurros entre la bruma de este cementerio civil llevando condolencias o recuerdos benevolentes, siempre favorecedores, en los que la fallecida se hace acreedora de las mejores prendas, traspasado ya definitivamente el umbral de las contingencias humanas.

Algunos de los que tanto la criticaron en vida también han querido sumarse al coro de plañideras y son los que más elogios incluyen en sus peroratas destempladas y exhiben impudicamente un dolor de atrezo que, por mucho que se esfuerce, no conmueve a nadie. Elena observa la oscura concurrencia desde unos pasos más atrás, sus gestos compungidos, las facciones contraídas por el frío y el pesar, los pañuelos prestos a enjugar alguna lágrima, todos ellos muy quietos al borde de la fosa, pendientes del enterrador que realiza su trabajo con la diligencia experimentada de quien se ha acomodado a los rigores de su oficio con digna mansedumbre.

El sonido de la tierra sobre la madera se alza por encima del grupo abigarrado y llega hasta los oídos de Elena. Ya está, todo llega a su fin, polvo eres y en polvo te convertirás. Su memoria no ha tenido que rebuscar mucho para que ideas de este tipo le anden martilleando la cabeza. El frío le cala los huesos, ni el abrigo del mejor paño que su padre pueda vender en los almacenes Casals puede impedir que su cuerpo tiemble como una hoja. Le hubiera gustado salir corriendo por la avenida de mausoleos y no parar hasta encontrar la salida, pero allí está, de pie sobre sus zapatos de tacón que la tierra mojada ha manchado de barro, esperando a que alguien se decida a moverse y poder huir, borrarse de esta escena que la sobrecoge y no ver nunca más las hileras de cipreses, las lápidas de piedra cubiertas de musgo o los palacios en miniatura, moradas lujosas que salpican el cementerio, aunque la mayoría se sitúan en el paseo central, lo que vendría a ser la Gran Vía del cementerio, la flor y nata del metro cuadrado mortuario. Los huesos de Carmen, en cambio, han ido a parar a un rincón bastante umbrío, las parcelas dedicadas a cementerio civil donde ella misma había dejado dicho que quería ser enterrada, sin ningún tipo de ceremonia religiosa. Genio y figura hasta la sepultura, refrán o en este caso epitafio para una mujer sin ambages.

Poco a poco el grupo se dispersa, todavía en sus rostros pintada la emoción de la despedida. Caminan lentamente por las veredas, completamente absortos, como autómatas de mecanismo oxidado. Cuando alcanzan el paseo central el paso de algunos se acelera como si la vista de la salida fuera el revulsivo que necesitan para abandonar esta tregua de silencio y volver a la normalidad, a las calles ruidosas que les envuelven en su acogedora cotidianidad. A cada lado las líneas de negros cipreses dibujan una perspectiva que concluye en la puerta de hierro labrado. Al otro lado les espera el mundo de los vivos en forma de oasis cierto para quien tiene la sensación de haberse perdido en este páramo de muerte, por eso apresuran el paso, algunos incluso se lanzan a la carrera para traspasar cuanto antes la verja abierta de par en par, de pronto empujados por el temor de verla cerrarse ante su estupor.

Elena ha sido de las primeras en salir. Una vez terminada la ceremonia ha buscado con la mirada a Ernesto Núñez, que estaba al otro lado del gran grupo, como ella, también en un discreto segundo plano, soplándose los dedos de las manos cruzadas para espantar el frío de esta mañana desapacible de finales de octubre que ha pillado desprevenido a este joven que viste una chaqueta de paño demasiado ligero, provista de solapas tan pequeñas que ni siquiera levantadas alcanzan abrigar su cuello desvalido. Ambos comienzan a caminar a un toque de miradas acordadas, apenas un leve movimiento de cabeza ha bastado para entenderse y desgajarse discretamente de la muchedumbre y desplazarse así en la misma dirección, de forma discreta, sin levantar sospechas. Aunque nunca han hablado del tema, los dos han dado por sentado, de forma tácita, que delante de los compañeros del trabajo su actitud debe ser lo suficientemente distante como para que nadie barrunte nada por el momento, más adelante no lo saben, ni siquiera se lo han planteado, lo único que les importa es el presente.

Ya en la calle se les unen otros compañeros de El Heraldito que siguen su mismo trayecto de vuelta al trabajo. Caminan hacia la boca de metro en medio de las brumas otoñales esquivando las hojas de los árboles que han comenzado a caer repentinamente después de haber estado agazapadas durante semanas, exprimiendo la última sabia, evitando este momento como el enfermo que se agarra a la vida debilitada. El silencio meditabundo les amordaza. Nadie se atreve a romper la espesa solemnidad que ha impuesto la despedida a la gran Carmen de Burgos, a pesar de que algunos rebuscan palabras en el baúl de los dichos oportunos, los que siempre acuden para llenar los silencios embarazosos.

Al final es el señor Rivas, el encargado de la sección de obituarios, quien encuentra las palabras adecuadas para poner un digno colofón a este episodio aciago. En realidad la frase no es suya, sino de la propia Carmen de Burgos que, según contaron los periódicos el día anterior, ella misma pronunció cuando en el transcurso de un acto en el Círculo Republicano Radical, sufrió un ataque. Al parecer mientras la llevaban al hospital, Carmen se daba cuenta de que aquello era el fin, pero aún tuvo el aplomo de exclamar: ¡Al menos muero republicana! Numerosos testigos afirman que fue así, que no son invenciones de ciertos gacetilleros a quienes les gusta adornar sus artículos con ciertos toques melodramáticos o golpes de efecto. De Carmen se podía esperar algo así, hasta para morir se tuvo estilo y sentido de la posteridad. Además dejó prácticamente hecho el artículo a los periodistas que al día siguiente escribirían sobre su muerte, hasta el final fue fiel a su instinto periodístico y a sí misma. Una mujer de principios.

Los cuatro que caminan juntos, a saber, el jefe de Ecos de Sociedad, el responsable de las notas necrológicas, el dibujante y Elena, todavía secretaria del director, aunque cada vez más corresponsal para eventos varios y articulista sin derecho a firma que la identifique, asienten en silencio, cada uno interiorizando las postreras palabras de Carmen con un deseo de afirmación y sintonía con estos tiempos que corren. De vez en cuando se agradecen los gestos teatrales, a veces hasta incluso un poco melodramáticos, para comprobar que sigue viva la llama que alguna vez se encendió. Después se suceden algunos comentarios sobre la elegancia del acto, qué buen gusto habían tenido esas señoras con las coronas de flores, apunta don Leandro refiriéndose a las integrantes de la logia *Amor* pero sin saber su procedencia, no han portado mandiles ni bandas que las identifiquen como masonas. A pesar de que domina los entresijos de la sociedad madrileña, el hombre desconoce este dato. Es verdad que intuye algo, que ha detectado algún fino hilván ensartando las voluntades de estas damas que se movían como una sola en el cementerio, pero no logra descifrar de qué se trata, qué es lo que las confiere ese halo misterioso que se insinúa entre ellas como una niebla fina que las arropa y las distingue de los demás. Los circuitos neuronales del señor Navarro intentan dar alguna respuesta satisfactoria, pero por más que busca no encuentra una explicación plausible que disipe su desconcierto, así que opta por preguntar abiertamente:

—¿Y esas señoras tan guapas? ¿De dónde han salido?

—¿A quiénes te refieres?—. Elena sabe de sobra por quién pregunta, pero prefiere hacerse la desentendida.

—Las que han leído esa oda fúnebre tan conmovedora —intenta explicarse el periodista.

—¡Ah, sí! Las recuerdo, pero no las conozco.

—Pues es una pena, tenían un aire interesante que no se suele ver. Me fijé en una que bien pudiera pasar por artista de cine —insistió mirando de reojo a Elena, que caminaba a su lado con la vista dirigida al frente, intentando eludir la conversación—. Además, se las veía muy afectadas, debía de unirles un vínculo muy estrecho con la escritora.

—Puede...

—Ahora recuerdo que una de ellas te saludó. —El periodista reducía el cerco. Ya creía tener acorralada a su presa.

—No me di cuenta. Seguro que me confundió con otra persona —Elena pellizcó el brazo del dibujante que caminaba junto a su otro costado. Él tuvo que hacer denodados esfuerzos para reprimir una estrepitosa carcajada.

Cuanto mayor era el interés de don Leandro más disfrutaba la sádica Elena callando. No saldría de sus labios ninguna información a pesar del tercer grado al que la sometía. Negaría que las conoce tantas veces como San Pedro negó a nuestro señor Jesucristo y puede que muchas más sin padecer ni el más mínimo remordimiento. No son verdades estas que sabe que se deban proclamar a los cuatro vientos como si fuera la llegada del mesías. Al contrario, un juramento iniciático se interpone entre ella y los profanos, los que desconocen lo que solo a los elegidos les ha sido revelado, así que de su labios no saldrá ni una palabra que pueda dar pistas al jefe de Ecos de Sociedad, que rabie el muy cotilla.

Al hombre no le queda más remedio que desistir, al menos de momento. Aunque le corroe la curiosidad y en su ánimo ha quedado un cierto poso de frustración, no insiste. Bien es verdad que desconfía de Elena, es más, está seguro de que miente, pero prefiere darse por vencido, las circunstancias, el luto, el cementerio que acaban de dejar atrás y este cielo plomizo tan hostil ponen punto final a sus pesquisas.

En silencio atraviesan la puerta de El Heraldito. La vuelta al trabajo se convierte en un lúgubre desfile de trajes negros y crespones en las mangas de las camisas. Aún no se han despintado de los rostros las actitudes solemnes como si la ceremonia de la muerte les hubiera contagiado una rigidez deshumanizada.

Elena camina por el pasillo con el abrigo colgando de su antebrazo, de esta forma se desprende del luto formal y desvela un bonito conjunto otoñal de dos piezas en tonos azules, lo más discreto que en su vestuario de muchacha veinteañera pudo encontrar. Acelera el paso para alcanzar la puerta del despacho del dibujante justo en el momento en que él está abriendo. Sus miradas cómplices se cruzan durante un instante. Él se vuelve, la espalda apoyada en la puerta todavía cerrada, y la observa acercarse. Ella avanza despacio envuelta en la mirada de Ernesto, que sigue sus movimientos insinuantes como si la dibujara, absorto en el suave contoneo dedicado solo para él y, así, hipnotizado, espera a que llegue, el corazón palpitante de deseo. Pero Elena procura pasar de largo, no quiere dar pábulo a las habladurías. Sin embargo, el pasillo parece estrecharse a la altura del despacho, tanto que sus cuerpos se rozan como por azar, igual que si entrara en un tranvía en plena hora punta. Ernesto intenta abrazarla en ese momento, pero Elena se zafa rápidamente no sin antes dejar en él un poso electrizante, la delicia del deseo aplazado, la promesa que hay implícita en esa dulce presión del cuerpo de ella sobre el suyo, tan efímera como imborrable. En su mente quedará durante todo el día, agazapada, mientras dibuja y su concentración rebusca en las regiones mágicas de la imaginación otras fuentes de inspiración menos íntimas, más patente y definitiva cuando en su pensamiento solo haya lugar para el recuerdo de ese instante fecundo, tantas veces reproducido, engendrándose a sí mismo una y otra vez, pero siempre renovado, sin perder un ápice de la sugestión que en él provoca, ni una brizna de su poder de evocación.

Y así llegará hasta la tarde el joven Ernesto, entreteniendo el día en quehaceres cotidianos que no consiguen desdibujar la mirada que le ha dirigido Elena cuando se acercaba por el pasillo, inequívocamente seductora, se dice. No es un experto galán ni está seguro de conocer a la perfección la psicología femenina, pero cree estar en lo cierto, las señales que ella ha emitido van en esa dirección, claro que también puede tratarse de una falsa pose de coqueta recalcitrante, alguna de ese tipo ya ha conocido anteriormente, de las que siempre se pierden en insinuaciones. No cree que Elena sea así. Le ha parecido que su sonrisa estaba cargada de sinceridad, y luego el roce de su cuerpo, ese ligero temblor que se ha sumado al suyo, la pequeña osadía envuelta en temor, propio de alguien que no está acostumbrado a comportarse así. No hay premeditación en sus gestos, todo ha sido tan espontáneo, amparada en la breve intimidad del pasillo vacío, fuera del alcance de las miradas de los compañeros, se ha lanzado a ese casi abrazo sin presencia de extremidades, solo la leve presión de sus cuerpos y los labios de ella que le han susurrado algo al oído mientras le rozaba el lóbulo de la oreja. De nuevo revive el tacto sedoso, la respiración, los latidos... quizá no hubo tanto, su imaginación ha incorporado algunas sensaciones, puede ser, ya no está seguro, pero tampoco le importa, lo único que le preocupa es que se vaya desgastando el recuerdo, que se diluya la frescura de lo vivido como los colores de una fotografía se desvanecen con el tiempo.

Pero el tiempo que corre en contra del recuerdo, avanza sin embargo a favor de su deseo. Al igual que otras tardes, ha quedado con Elena, pero intuye que esta va a ser diferente. Durante los últimos meses han frecuentado las cafeterías de moda, los locales de la Gran Vía, los cines que con sus letreros luminosos invitan a sumergirse en la oscuridad de las salas para ver películas de las que vienen allende los mares, las americanas, con sus estrellas rutilantes, esas mujeres que no son de este mundo, rubias platino la mayoría, embutidas en vestidos imposibles que parecen asimilarse a su propia piel en simbiosis inverosímil. A veces también acuden al reclamo de interesantes películas francesas o alemanas, cine de arte y ensayo como reza en los anuncios de los periódicos, verdaderas joyas cinematográficas, sentencia Ernesto que siempre procura huir de lo banal, aunque no puede negar que también disfruta de las producciones de Hollywood, tan impecables, incluso relamidas en sus desfiles interminables de personajes sofisticados, todo lo contrario que las películas de aquí, excesivamente castizas, siempre de cante y baile mezclados con dramas aleccionadores, demasiado exaltadas para su gusto e incluso con buenas dosis de cursilería, nada que ver con sus preferencias ni con su estilo cosmopolita de hombre asentado en este siglo de cambios vertiginosos.

Ernesto procede de una familia burguesa afincada en Madrid ya desde varias generaciones. Ha heredado el nombre de su abuelo, Ernesto Sempere, un empresario de origen valenciano que después de pasar varios años en Cuba se instaló en la capital para montar un negocio tipográfico, la imprenta Sempere que tan buenos dividendos proporcionó a la familia. El joven es el tercer hijo varón de Ángela, la hija pequeña del abuelo Ernesto, que se casó con un ingeniero de nombre Pedro Núñez. Por parte de madre la familia se extiende como las ramas de un árbol frondoso. El abuelo Ernesto solo tuvo hijas, cuatro en total, pero todas ellas se casaron, aunque a la segunda le costó decidirse más que al resto, lo que ha desembocado en un ejército de primos carnales que por ser todos ellos hijos de las cuatro hermanas están firmemente unidos bajo el paraguas de un matriarcado ejercido sin discusiones. Se podría decir que el joven Ernesto se ha criado al calor de las faldas de su madre y sus tías, pero faldas negras sufragistas de las que jamás rozaron los escalones de confesionario alguno.

De niño no conoció otras aulas que las de la Institución Libre de Enseñanza, ni practicó otro credo que no fuera el del librepensamiento. Su familia milita en la masonería desde los tiempos inaugurales cuando el Gran Oriente Español consiguió unificar voluntades y acabó con varias décadas de enfrentamientos. Incluso ha oído contar que su madre y sus tías también formaron su propia logia, una en la que solo había mujeres, que se reunían en el edificio que los hermanos tienen en la calle de la Bolsa, en la biblioteca, entre libros adustos encuadernados en piel con los títulos grabados en letras doradas, custodiados por vitrinas de cristal trabadas por gruesos candados que atizaban la curiosidad del pequeño Ernesto. Siempre se preguntó qué podría leerse en aquellas páginas tan bien guardadas. Cuando cumplió dieciocho años, su abuelo le comunicó que ya era tiempo de que lo supiera, pero entonces él ya no estaba interesado. No pasaría por la iniciación masónica, se negó por completo cual hijo réprobo que se ha decidido a romper con la tradición familiar, un gesto de rebeldía simplemente, no había que buscarle más explicaciones. Sin embargo, lo cierto es que el joven Ernesto huye de cuanto desprenda un tufillo aburguesado y para él la masonería lo tiene, demasiado prohombre en sus filas y una moderación que le resulta anacrónica. No están los tiempos para medias tintas, la República es de los trabajadores no de estos seres inmaculados que se marchitan entre ceremonias extravagantes, ataviados con extraños mandiles bordados. Por eso se ha afiliado a las Juventudes Socialistas, tiene el carné desde los veinte y le gusta frecuentar la Casa del Pueblo. Allí se codea con jóvenes obreros como él, al fin y al cabo es lo que es, un obrero que se gana la vida con sus pinceles como otros se la ganan dando vueltas al torno en una fábrica. No hay diferencia y lo saben, por eso le aceptan como uno más, cuando las intenciones son sinceras sobran los miramientos, lo importante es sumar efectivos para la revolución. Entre esas paredes no se habla de otra cosa, cada vez están más convencidos de que aquí, como en Rusia, se dan las condiciones para ello.

En la familia de Ernesto no se lo han tomado mal, al menos aparentemente. Nadie está obligado a seguir los pasos de sus progenitores, le dijo su madre a modo de justificación para suavizar cualquier dilema que pudiera enquistarse en la cabeza del joven, cada uno es muy libre de tomar sus propias decisiones, pero ahí quedó el poso de las expectativas contrariadas y la sensación de asistir al desmoronamiento de viejos edificios que creía sólidos y todavía en buen uso. Fue entonces cuando le mostró una vieja fotografía en la que se veía a su madre vestida con una túnica blanca el día de su iniciación. Al dorso alcanzó a leer las primeras palabras de lo que parecía una dedicatoria, pero su madre guardó precipitadamente el retrato en un cajón de su escritorio. Después miró a su hijo a los ojos y le advirtió: “No hagas preguntas”. Se fue sin conocer la naturaleza del secreto que guardaba su madre, pero le agradó saber que al menos compartían el simple hecho de su existencia, aunque solo fuera a causa de un descuido. No preguntó nada más, sabía que no tenía ningún derecho a profanar el pasado y menos cuando este se guardaba bajo llave en el fondo de la gaveta.

Ernesto ocupa un viejo piso que su familia posee en la calle Núñez de Arce. Su padre accedió a que se lo quedara a cambio de un simbólico alquiler que paga religiosamente para que sus hermanos no se quejen. Hay que andar con pies de plomo y no favorecer a uno por encima de los demás, bien lo saben los padres y el propio Ernesto, que nunca ve a sus hermanos mayores salvo si hay algo por lo que protestar. Entonces se materializan como por encantamiento y cae en la cuenta de que no es hijo único, aunque a veces lo pudiera parecer. El caso es que hay una distancia enorme entre él y los primeros hijos del matrimonio y también con el cuarto, mucho más pequeño que Ernesto, todavía un adolescente. Los mayores nacieron el mismo día, pero hasta ahí llegan las coincidencias entre ellos. Hasta en el vientre de su madre debieron de encontrar motivos de enfrentamiento y después, una vez que se asomaron al mundo, no dejaron de rivalizar en ninguna etapa de su vida. Aunque no se parecen físicamente, tienen inclinaciones similares en aficiones y aspiraciones lo que, lejos de suponer un lazo de unión, siempre ha sido causa de discordia. En el colegio se vieron obligados a soportarse. Lo consiguieron a duras penas gracias a la distancia que ponían cinco filas de pupitres entre los dos. Cuando llegó el día de elegir estudios superiores los dos se decidieron por la misma carrera. La facultad de Derecho tampoco acabó con sus continuas rivalidades, tanto es así que, cuando terminaron, ambos se dedicaron a la abogacía y con frecuencia se encontraron en los juzgados defendiendo cada uno a la parte enfrentada.

La diferencia de edad entre los mellizos y Ernesto es de más de diez años, por eso tuvo casi siempre la impresión de ser hijo único, solo cuando las disputas entre sus hermanos se hacían insoportables caía en la cuenta de que no lo era, pero hubiera deseado serlo. Entonces su madre salía con alguna anécdota de su infancia en compañía de sus tres hermanas, de lo distintas que eran, de lo mucho que reñían, todo para quitar hierro a las trifulcas de sus hijos, pero el pequeño Ernesto ya intuía que no había comparación entre ambas situaciones, que sus hermanos eran lo más parecido a la reencarnación de Caín en duplicado. En cuanto al otro, el pequeñín, llegó en un momento en que su vida apenas se vio alterada. Le conoce poco, mucho menos que a algunos de sus compañeros de la Escuela de Bellas Artes, a pesar de haber vivido bajo el mismo techo, y es que cuando su hermano cayó en el gineceo él ya lo había abandonado.

El viejo inmueble que ocupa forma parte de su liberación. Las ataduras familiares se han diluido hasta convertirse en finos hilvanes que apenas le mantienen prendido a los suyos de la forma más leve pero también más deseable. Sabe que están ahí, forman parte de su vida, aunque no de un modo abrumador, sino como un telón de fondo sobre el que se recorta su individualidad irremediable, sin retroceso ni vuelta atrás.

Ernesto ha vuelto a consultar la hora en su reloj. Hace ya algunos minutos que está ahí plantado en la acera esperando a que salga Elena. Con las manos en los bolsillos y las solapas de la chaqueta abrigando su cuello se pasea de un lado a otro de la calle. Recorre tan solo el intervalo que va de una acacia a la siguiente y vuelve sobre sus pasos. Algunas hojas diminutas salpican el pavimento, otras se mecen lentamente en su caída hasta que llegan mansamente al suelo. La tarde es gris pero no amenaza lluvia, sin embargo, el viento y el frío la vuelven desapacible. De vez en cuando observa la puerta del edificio de enfrente con la esperanza de verla abierta y que entre sus postigos aparezca Elena. Todavía transcurren diez minutos más hasta que eso ocurre. La joven sale acompañada de Consuelo Soler. Desde hace algún tiempo son inseparables. Ella fue quien le abrió la puerta de estos templos que ahora tanto frecuenta y de los que apenas habla a Ernesto. Tampoco él le pregunta, de secretos masónicos está bien servido este joven, los lleva en sus venas por parte de padre y de madre. De todos modos, aunque él reniegue de sus ancestros, prefiere verla salir de una reunión masónica con bandas y mandiles que con velo negro de la iglesia.

Cuando Elena le ve le dirige un gesto de saludo con la mano. Se despide precipitadamente de Consuelo que sonrío de manera cómplice una vez que ha divisado al joven y comprende la prisa de su amiga.

—¿Me lo presentarás algún día? —Durante un instante fija la mirada en él y cree reconocer al palo de esta astilla.

—Esperemos a ver en qué desemboca todo esto —responde la prudente Elena que prefiere no lanzar las campanas al vuelo. Los primeros pasos siempre son difíciles en el amor. Las incertidumbres acechan constantemente la plenitud de la felicidad con agujones de insecto enfurecido. Cualquier gesto, cualquier palabra se convierte en un signo inequívoco o prueba irrefutable de insuperables desencuentros. Al final vuelven las aguas a su cauce, al menos al cauce que ella quiere, que en estos fenómenos del corazón el río discurre por donde uno desea y no por donde deciden los demás. Por eso opta por guardar un discreto silencio sobre su relación como si mantenerla a buen recaudo de sus íntimos pensamientos la preservara de cualquier amenaza.

Una vez que Elena llega hasta la acacia bajo la que estaba plantado Ernesto desde hace un buen rato, ambos comienzan a caminar despacio sin rumbo fijo. No han decidido adonde ir, aun así se desplazan porque quedarse quietos en medio de la calle no es la mejor opción habida cuenta del frío que congela hasta los pensamientos. Pronto la indecisión se convierte en una losa que se interpone en la comodidad habitual de sus actos. Algunos silencios más prolongados que otros consiguen arruinar la placidez que, en las horas anteriores, había pautado el mundo ideal de los deseos, cuando la mente fantaseaba con un escenario perfecto donde no hay lugar para las dudas. Ahí tiene Elena uno de esos signos precursores de desgracia que tanto teme cuando en realidad solo se enfrenta a un error de interpretación. Ella, precisamente, que es una mujer inteligente, sin embargo en este terreno se muestra insegura y poco perspicaz.

Los transeúntes pasan tan deprisa que parecen empujados por el viento, embozados en sus prendas de abrigo no son más que borrones grisáceos que se desplazan rápidamente engullidos por la bruma otoñal. Solo cuando se encienden las luces de las farolas, sus apariciones se vuelven fulgurantes, de pronto doradas figuras asoman bajo el alumbrado y después de nuevo sombras apresuradas. En este escenario la pareja se convierte en un punto de referencia como si los demás fueran satélites que giraran a su alrededor, anónimos y fugaces, incapaces de alterar su inmutable existencia. Se les podría echar la noche encima, de hecho el color del cielo hace tiempo que ha cambiado, ese gris velazqueño que les ha acompañado todo el día se ha transformado en una masa oscura que devora los tejados, y ellos caminando sin dirección concreta, simplemente vagan sin fijarse siquiera por donde van, una vez que el silencio ya no les estorba, que han iniciado una conversación sencilla que solo les interesa a ellos. Nada que merezca la pena reproducir. Son palabras de enamorados incipientes entre las que no se cuenta la palabra amor. Habrá que esperar ocasiones más propicias para las declaraciones solemnes, las promesas lapidarias y las protestas encendidas y porfiadas sobre quien ama con más intensidad o quien está dispuesto a llegar más lejos. De momento solo asistimos a intercambios banales de gustos, preferencias, anécdotas del trabajo, alguna confidencia más íntima que desconoce el resto de la gente y depositan en el otro confiadamente como si la colocaran en una caja fuerte cuya combinación nadie conoce.

Así han llegado hasta la calle en la que vive Ernesto, entretenidos en una conversación que les separa del mundo, un intercambio de frases fluido a veces, otras, atropellado, porque las ideas que brotan no tienen la paciencia para esperar el momento oportuno de materializarse en palabras. Sin embargo, él consigue desviar por un instante el hilo de la plástica para señalar el portal del edificio donde está su pequeño apartamento, el que sus padres le han alquilado por un módico estipendio. Elena dirige la mirada hacia el punto que Ernesto le indica y, sin tiempo para expresar ningún comentario, él propone subir, resguardarse del frío, no es cuestión de estar pelando la pava bajo los balcones. Ella duda por un momento, pero se resiste a quebrar la magia del momento con una negativa, de manera que sí, acepta, claro que subirá porque así lo desea. Bien es verdad que ancestrales remilgos de chica bien educada intentan aguarle la fiesta en forma de advertencias maternas que de pronto asaltan su mente, sin embargo, repliega las defensas. Aunque su familia es bastante liberal no han faltado en su adolescencia consejos para apartarle de los peligros que invariablemente conllevan las relaciones con los hombres. Su tía Remedios, hermana de su madre, le ha contado multitud de historias protagonizadas por chicas embaucadas por amantes que se han aprovechado de su candor y luego las han abandonado en el arroyo. Era entonces cuando la imaginación de Elena creaba un cuadro de tintas oscuras en el que una mujer harapienta vagaba por una calle mal alumbrada por la que discurría un reguero de aguas putrefactas. Divertida por la imagen fugaz de ese recuerdo y de su tía hablando muy seriamente en tono admonitorio, Elena se agarra al brazo de Ernesto y ambos traspasan el umbral como si se adentraran en un templo, eso sí, de paredes carcomidas por la humedad, pero al fin y al cabo el lugar que han elegido para su particular encuentro iniciático.

El piso de Ernesto trasporta instantáneamente a otra época. Han pasado por él y por su decoración más de tres décadas. Sin embargo, los muebles están en buen estado. Todos son de maderas nobles y por eso guardan un aspecto lozano propio de los objetos de calidad que además han sido bien tratados y cuidados diariamente. Otra cosa son las tapicerías, verdaderamente ajadas, los colores desaparecidos irremediablemente. Ya desde la entrada se puede ver una gruesa cortina que hace de cortavientos, recogida mediante un deshilachado cordón que la sujeta a la pared, cuyos dibujos adamascados se pierden en la noche de los tiempos y presenta un uniforme tono parduzco, color en el que desembocan al final hasta los más deslumbrantes matices de la gama cromática. Ernesto la aparta hacia un lado como si descorriera el telón de un teatro. Un pasillo largo se abre ante ellos salpicado de pequeñas lámparas adosadas a la pared. La intensa luz descubre un papel pintado plagado de manchas de humedad y un zócalo de madera un tanto carcomido. Innumerables puertas situadas a ambos lados del corredor presagian la existencia de habitaciones de todo tipo y para todo uso. Sin embargo, explica Ernesto, en la mayoría nunca entra. Es normal, esta fue la casa de una familia numerosa y ahora solo da cobijo a un hombre soltero.

—Además, como puedes ver, son inhabitables —El joven abre una de las puertas para que Elena pueda comprobar que es cierto lo que dice. La habitación está tan llena de trastos que ni siquiera dejan hueco para pasar—. Mis padres se han dedicado en los últimos años a traer aquí todo lo que les estorba en la casa donde viven actualmente. Mi madre, cuando hace limpieza, es implacable, pero como no le gusta tirar nada, pues, ya ves... todo viene a parar a esta casa.

Elena sonrío divertida ante tanto cachivache, desde percheros hasta sillones, cuadros, jarrones, incluso un samovar ha podido identificar en una vista rápida que ha lanzado hacia el interior. El carro de un chamarilero le parece la estancia, solo que entre tanto desorden se podrían encontrar cosas de valor y algunas incluso de bastante buen gusto.

—En el rastro de Cascorro seguro que haces un buen negocio con todo esto —sugiere Elena.

—¡Ni hablar! Mi madre pondría el grito en el cielo si se entera. Y seguro que se entera, la muy bruja. Lo tiene todo controlado a pesar de este caos.

Ernesto cierra la puerta despacio, con precaución, como si temiera que un golpe demasiado brusco pudiera alterar el sueño polvoriento de tantos objetos almacenados. Con un giro suave del picaporte ha conseguido dejar atrás la historia y volver al presente, a los ojos expectantes de Elena que le miran con infinita ternura. Sin duda se ha imaginado la vida desangelada de un hombre solo en un piso tan grande.

—¿Y cómo te las arreglas con la limpieza?

—Viene una señora de vez en cuando —contesta Ernesto mientras avanzan por el pasillo. Lo que no dice es que la envía su madre, aunque supone que Elena se imagina que su sueldo no le da para tanto.

—¡Vaya con el señorito!

—¡Quién fue a hablar! —exclama Ernesto mirándola de arriba abajo—. Apuesto a que no has fregado un plato en tu vida.

Elena no contesta, tan solo le pasa el dorso de su mano derecha por la mejilla para que él mismo pueda comprobar lo suave que es, lo alejadas que han estado siempre de las aguas sosas y del detergente. Ernesto aprovecha ese tacto sedoso que le enerva para atraerla hacia sí y besarla por primera vez en toda la tarde. Todo el día lleva pensado en este momento, temiendo que nunca llegue y ahora ahí está la Elena que tanto desea, la que no ofrece ninguna resistencia. Y así es, ella misma se desprende del abrigo que cae como un fardo, como si pesara una tonelada y de pronto la dejara liviana, casi etérea. Los dedos de Ernesto se deslizan por la blusa de seda adivinando la textura de la piel, tan parecida pero exenta de la inanimada frialdad.

Entre risas llegan a la habitación que ocupa el dibujante. A diferencia del resto de la casa, esta estancia parece la celda de un monje, equipada tan solo con los muebles imprescindibles, sin cuadros en las paredes ni bibelots en las estanterías donde en cambio hay incontables libros, todos ellos muy manoseados, de algunos se diría que han pasado por más de un dueño.

—Se ve a la legua que tu madre no ha puesto aquí sus manos —comenta Elena después de pasar un rápido vistazo por la habitación.

—Muy a su pesar. Cada vez que viene intenta colarme alguno de sus preciados objetos, pero hasta ahora me he resistido heroicamente.

—Pues un poco de mano femenina nunca viene mal, mi querido espartano —le sugiere Elena con una sonrisa juguetona, empujándole suavemente hasta la cama que chirría ostensiblemente cuando los dos cuerpos caen sobre sus maltratados goznes—. ¿Tú crees que aguantará?

—Espero que sí. Me dolería tener que desprenderme de ella. Lleva conmigo desde que nací...

—Calla, no digas ni una palabra más, mi adorable muchacho —Elena zanja la conversación.

A partir de ahí sobran las palabras, hablan los cuerpos que de pronto se han vuelto exigentes, implacables en la consecución de sus deseos. No existe nada más en esos momentos que la búsqueda de la caricia oportuna, la que encuentra una respuesta inmediata en el otro que devuelve con prodigalidad el favor recibido y así, todo desaparece a su alrededor, la habitación, la noche, el cielo enfurecido, el aire sibilante, el parpadeo de la bombilla, la estrechez de la cama cuartelera. Lo que importa está en este ensamblaje perfecto que les aísla del mundo y les convierte a ellos dos en un diminuto universo que contiene todas las esencias desde el principio de los tiempos, el pasado, el presente y el futuro, la extensión de lo conocido y lo desconocido, las acciones, las ideas, las palabras, las preguntas, las respuestas. Lo que hay afuera es nada, solo existe este remolino de cuerpos entrelazados, esta espiral perfecta que les devora.

El tiempo ha pasado sin que se dieran cuenta. De pronto a Elena le sorprende lo tarde que es y comienza a vestirse atropelladamente pensando en las excusas que dará en casa para explicar la tardanza. Él también busca su ropa entre los pliegues de la colcha. Procuran evitar la mirada del otro, sorprendidos por la osadía, por la intimidad excesiva, aunque en la búsqueda finalmente sus ojos se encuentran. Los dos están arrodillados sobre la cama y se abrazan de nuevo. Desearían que no llegara nunca el momento de despedirse, pero Elena le apremia, vamos, vamos, que no quiero tener bronca con mi madre. Ernesto protesta sin esperanza alguna. Tendrá que dejarla ir, que vuelva a su casa cual cenicienta despistada, pero de su mano. Le acompaña por las calles desiertas, no se ve ni un alma, tan solo de vez en cuando se topan con un sereno cuya figura embozada evoca tiempos de capa y espada, y el viento que sopla con fuerza en su recorrido laberíntico sin encontrar la salida de esta gran ciudad que se pierde en su propia inmensidad.

Cuando llegan hasta el portal de la casa donde vive Elena aún encuentran tiempo para una dilatada despedida, abrigados por la noche inclemente, bajo la farola que alumbra algunas gotas de lluvia, tan finas que apenas mojan el suelo pero que revestidas de luz resultan amenazadoras.

Ernesto observa el rostro de Elena y le parece que brilla como si estuviera poseído por una especie de transfiguración beatífica, así es como se imagina él la santidad, representada en la cara de una mujer satisfecha. Y ella lo está, no es presunción masculina, sino espejo de sí mismo porque él también siente una felicidad plena como antes no la había sentido. Por un momento se le pasa por la cabeza decírselo a Elena en forma de declaración de amor, pero le detiene finalmente un cierto miedo escénico y la posibilidad de quedar como un cursi, cosa que odia. Se dejaría cortar una mano antes que cometer semejante atropello a las leyes del buen gusto, un devoto de las vanguardias artísticas no puede ir por ahí soltando parrafadas lacrimógenas, bien es verdad que bastaría con un simple te quiero susurrado al oído, pero también esto le resulta inoportuno.

En estas disquisiciones estaba cuando los labios de Elena se deslizan de su boca a su oreja y de repente le ha parecido escuchar: “Te amo”. Tan confundido está que las palabras de Elena le parecen impulsadas por una especie de telepatía cuyo origen fuera su propio cerebro. Ernesto se recrimina la mezquindad que acaba de cometer y al mismo tiempo admira la valentía de Elena, de manera que se apresura a responder: “Yo también te amo”. Así, con este simple intercambio de pareceres queda santificado este primer acto de intimidad.